

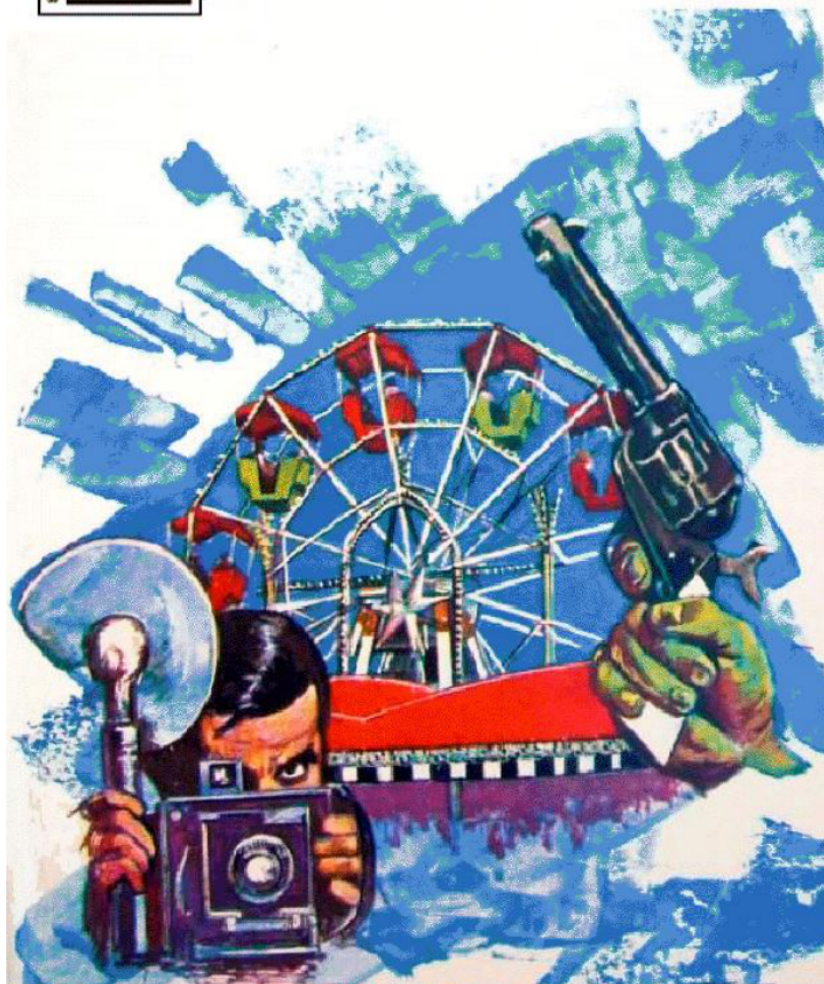
BOLSILLOS BRUJERA

PUNTO

ROJO

¿dónde estás, Emma Johnes?

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

VIC LOGAN

**¿DONDE ESTAS,
EMMA JONES?**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 611
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 44.492- 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1974

© VIC LOGAN - 1974

texto

© JORGE NUÑEZ - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.208 — Diario de un hombre asesinado.

En Colección **PUNTO ROJO:**

607 — Certificado de defunción.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

652 — El último en reír.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

888 — Tierra de colosos.

En Colección **KANSAS:**

810 — Capitán confederado.

En Colección **BRAVO OESTE:**

584 — Parejas de damas para el vaquero.

En Colección **CALIFORNIA:**

864 — Senderos de venganza.

En Colección **COLORADO:**

845 — Al galope y disparando.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Quieta! ¡Tal como estás! Así. —Y Donald disparó la fotografía y corrió la película—. ¡Oh! Es la última... Bueno, es ya mediodía. ¿Tomamos el aperitivo?

Sonreía, se sentía feliz y optimista.

Se perdió entre la gente del parque de atracciones que había ido a pasear en la espléndida mañana del domingo.

Prácticamente no hacía invierno y las atracciones estaban llenas de chiquillos.

—¿Subimos a las montañas rusas? ¿O prefieres el túnel del amor? —preguntó Donald.

Donald tenía veintiséis años. Era soltero y estaba de paso en San Francisco. Llevaba ya tres días y se consideraba muy afortunado, porque...

Consultó su agenda, en una de cuyas páginas destacaba un nombre: «Emma Johnes.

42 Av.

Walesky», y a continuación un número de teléfono y una indicación: «West Bank».

Subió a una de las vagonetas de las montañas rusas y murmuró:

—Tienes unas piernas maravillosas. Apuesto a que ya te lo han dicho. ¿En el Banco, eh? ¿Qué haces? ¿Eres secretaria de algún jefe?

El monumental andamiaje de hierro de la atracción sideral estaba engalanado con banderas de feria. Las vagonetas se deslizaban arrancando chillidos de la chiquillería y de las muchachas.

Al terminar el recorrido, Donald inquirió:

—¿De veras no puedes almorzar conmigo?

El recinto contaba con varios restaurantes y tenderetes repletos de gente que almorzaba a base de perros calientes y tomaban

cerveza en lata.

Fuera, los tranvías que descendían por la gran pendiente comenzaban a llenarse de gente deseosa de regresar a sus casas.

La avenida Walesky estaba cerca del final del trayecto. A dos manzanas exactamente.

—Bueno. Vendré por ti a las tres —dijo Donald.

Se quedó en la esquina de la avenida Walesky con Manzano Street. Su mirada estaba fija en la puerta número 42 que acababa de cerrarse.

A las tres en punto, Donald estaba en una cabina telefónica de la calle marcando un número de teléfono.

Una voz le respondió:

—No, señor; el abogado señor Hammers no ha regresado todavía. Si quiere dejar algún recado...

—No, no. Soy Donald Corban. Ya he llamado otras veces.

—¡Ah! Sí, ya le recuerdo, señor Corban —respondió la voz.

En aquel momento y desde la cabina, Donald observó cómo la puerta número 42 de la avenida se abría. Sonrió y se apresuró a despedirse de su interlocutor.

Aquella tarde en la ruidosa *boîte* de Sausalito entre *whiskys* y música *pop*, Donald comentó:

—¿Qué te parece si vamos a un lugar más tranquilo? Ya sabes, música suave, poca luz... ¡Bueno, bueno! No he dicho nada. Si te encanta este lugar, por mi hecho. ¡Camarero! Tráigame otro *escocés*.

A las siete, cuando ya había oscurecido, Donald en la esquina de la avenida Walesky con la Manzano Street preguntó:

—¿De veras no puedo subir a tomar la última copa?

Sonrió. Estaba animado y no deseaba terminar tan pronto la velada.

Pero por lo visto no tenía otra opción. Ella cruzó la calle y entró en el portal.

—Te llamaré mañana a las once. ¿De acuerdo?

Instantes después, la puerta automática se cerraba y Donald, pensativo, habló consigo mismo:

«A las once... Tiene que ser a las once. Es la hora que el jefe toma un refresco. Prohibido llamar a otra hora. Bueno, no me

importa».

Anduvo sin prisas, con expresión optimista, y volvió a hablarse a sí mismo:

«Programa para mañana. Compras en los grandes almacenes y cena para dos en cualquier restaurante».

Después de recorrer hasta tres manzanas entró en un *snack* y pidió un filete en la barra y vino de California.

«Y un poco de tarta de queso», añadió.

No había muchos clientes, y del electrófono sonaba una música suave y agradable, una pareja bailaba besuqueándose.

—¿Tienen teléfono? —preguntó Donald al barman, mientras le preparaba lo pedido.

—Al fondo. Detrás de la cortina.

—Gracias.

Marcó un número y esperó. La misma voz que le había contestado a las tres de la tarde le repitió las mismas palabras.

—Pues no... El señor Hammers no ha llegado.

—Pero dijo que vendría hoy, ¿verdad?

—Sí. Eso dijo al marcharse, señor.

—Hace tres días que intento localizarle y me disgustaría tener que marcharme sin haberle podido saludar. Somos amigos de la Universidad.

—Sí, señor. Recuerdo que me lo dijo usted. ¿Es el señor Corban, verdad?

—El mismo. Ya veo que me recuerda. Bueno, en fin, gracias. Pasaré por aquí mañana.

—Seguro que ya estará de vuelta, señor. Dijo que tenía mucho trabajo.

Donald colgó para volver al mostrador, donde ya tenía su cena preparada.

A las once en punto, Donald desde su hotel marcó el número que tenía anotado en la agenda y que correspondía al West Bank.

—¡Oh! ¿Eres tú, Emma? —sonrió al reconocer la voz.

—...

—Sí. Yo siempre soy puntual. Sobre todo cuando la persona que me espera es una muchacha tan estupenda como tú.

—...

—¿Te molesta que te diga que me gustas?

—...

—Comprendo. El jefe va a volver. Escucha...

—...

—Sí, sí, de acuerdo. Esta tarde en los almacenes de la Main Street... Sí, sí... En la puerta principal... Hasta luego.

Donald colgó. No había podido hablar mucho, pero tenía una cita en firme.

Salió a la calle y tomó un taxi.

Veinte minutos más tarde se hallaba ante un antiguo edificio de aspecto noble. Zona residencial, tranquila, jardines y portero de uniforme a la entrada.

—Hola, señor Corban —saludó el hombre—. No tiene usted suerte. El señor Hammers está en la Audiencia, pero puede usted subir; hablará con su secretaria, la señorita Manny.

—Gracias, amigó.

—Es en la tercera planta. Pase por aquí. —Y el mismo portero acompañó al joven al ascensor.

Tras un rápido ascenso se encontró en una planta ocupada únicamente por un apartamento en cuya puerta de madera noble podía leerse:

JOHN HAMMERS

Abogado

Donald lanzó un silbido. Aquello, aunque no moderno, poseía el lujo y la nobleza de las construcciones de valor.

Antes de que pudiera llamar, se abrió la puerta y apareció una pelirroja de imponente anatomía y grato rostro. Le obsequió con una sonrisa amplia y generosa y le invitó a pasar.

—Adelante, señor Corban. Tengo un recado para usted, del señor Hammers.

Donald no quitaba los ojos de aquella preciosa secretaria. Correcta y bien vestida, con ropas modernas pero discretas.

¡Con lo que a él le gustaban las pelirrojas!

Bueno, y las morenas, y las rubias.

Ella se dio cuenta del minucioso examen a que le sometían los ávidos ojos del joven, pero fingió no enterarse.

—¿Tomará algo, señor Corban?

—Pues es muy pronto, pero... Me arriesgaré con un martini, si me acompaña.

—No suelo beber mientras trabajo, señor Corban.

—Llámeme Donald. Eso de señor Corban en sus labios suena demasiado grave.

Ella le introdujo en el amplio vestíbulo, que cruzó para pasar a un salón donde estaba el bar. Allí, mientras preparaba el martini, informó:

—Esta tarde a las siete, si puede usted volver, el señor Hammers tendrá mucho gusto en invitarle a cenar. Me ha rogado que le disculpe, pero tiene una enorme cantidad de trabajo, y si se tomó esos tres días de vacaciones fue a instancias de su médico.

—¿No se encuentra bien?

La secretaria, al tiempo que le entregaba el martini, murmuró:

—¡Oh, sí, perfectamente! El señor Hammers posee una gran capacidad de trabajo, pero tiene que cuidarse.

—Vive muy bien —repuso Donald, echando una mirada alrededor para terminar posándola en el cuerpo de la muchacha—. Y sabe rodearse de cosas muy bonitas.

—Bien. Tendrá que disculparme, yo tengo que trabajar. Si quiere quedarse un rato puede hacerlo. Está usted en su casa.

—Si se marcha usted, esto será más aburrido —sonrió él—. Por cierto, se llama usted...

—Stella Manny.

—¡Ah, sí! Bueno... ¿Y en la cena de esta noche nos acompañará usted?

—¿Qué podría hacer yo? Ustedes son viejos amigos. Tendrán muchas cosas que decirse. Buenos días, señor Corban. Llámeme en cuanto se vaya. Le acompañaré a la puerta.

Donald dejó parte del martini sobre una mesa y murmuró:

—No se moleste, me voy ahora. Conozco el camino, gracias.

De nuevo en la calle, pensó que San Francisco estaba lleno de mujeres hermosas, o acaso él había tenido la suerte de encontrarse con las mejores.

Pensó en su cita de la tarde y olvidó momentáneamente a la secretaria de su amigo.

«Emma también es un bombón —se dijo, mientras caminaba sin prisas—. No sabría a cuál de las dos elegir».

Y luego añadió:

«Calma, Donald, calma... Al fin y al cabo, sólo estás de paso».

A las cuatro y cuarenta minutos en punto, Donald estaba frente a los Grandes Almacenes Nugget, de la Main Street.

Estaban atestados de gente deseosa de beneficiarse de las rebajas de fin de temporada.

—¿De veras se puede comprar algo aquí? —comentó en una ocasión.

Observó que había un departamento dedicado al revelado de negativos y recordó el suyo.

—¡Oh! Por poco se me olvida. Espera aquí, vuelvo enseguida.

Sacó un rollo de película que guardaba en el bolsillo y lo entregó a un dependiente. Había más gente esperando. Otros dependientes no daban abasto en entregar y recoger encargos.

Donald se sintió empujado de un lado a otro y apenas pudo recoger el volante que le entregó el dependiente, que maquinalmente le informó:

—Puede pasar mañana a partir del mediodía.

De nuevo anduvo mezclado con la gente hasta detenerse frente a la *boutique* de corsetería.

—¿De veras necesitas un corsé? No me lo creo —sonrió.

Quedó con ella que la esperaba en la cafetería de los almacenes. En la terraza.

Allí aguardó.

Eran las seis. Los almacenes cerraban ya. La cafetería permanecía abierta hasta media hora más tarde.

La gente iba abandonando la larga barra y las mesas. Donald, impaciente, consultó el reloj una vez más. Al fin decidió bajar de nuevo a la planta de la corsetería. No recordaba exactamente cuál era. Tomó el ascensor y la empleada lo condujo a la planta octava.

—Ya no encontrará a nadie, señor. Es la hora de cerrar —le dijo la joven.

En la planta, los empleados se apresuraban a colocar tela protectora sobre los géneros expuestos en los mostradores. Las luces estaban a la mitad de su potencia.

Donald pensó que aquello casi vacío por completo parecía otro sitio distinto.

Los clientes rezagados esperaban los ascensores o descendían por las escaleras automáticas.

Cuando Donald dio con la *boutique* de corsetería, quedaban dentro un par de empleadas. A ellas se dirigió:

—Perdonen, busco a una joven. Una cliente... Hace casi una hora que entró y...

Las dos empleadas se miraron. No sabía de qué les hablaba.

—Aquí entran muchas jóvenes. En estos días de rebaja los clientes se multiplican.

—Bueno... No era muy alta. Rubia...

Se fijó que ambas dependientas eran rubias también. No se parecían en nada a Emma, pero resultaba difícil describirlas porque no tenían ningún dato personal sobresaliente.

—Es... Bueno... Muy lleno de aquí —señaló el pecho—. Y...

—Lo siento, señor. No podemos fijarnos en todo el mundo —repuso una de las muchachas, que no acababa de ver claro si Donald decía la verdad o buscaba conversación.

—Tal vez les haya hecho un encargo. Se llama Emma Johnes. Vive en...

—Señor —atajó una de las muchachas—, en la semana de rebajas no tomamos encargos. Es imposible.

—Bueno, bueno, perdonen —se disculpó el joven.

¿Dónde diablos habría ido?

Pensó que las mujeres, cuando van de compras, nunca les viene de una hora, pierden la noción del tiempo, pero ahora ya estaba todo cerrado. Quizá había ido a la cafetería.

Tuvo que subir a pie las seis plantas que le separaban de la terraza que remataba el edificio porque los ascensores ya no funcionaban para subir y las escaleras automáticas se habían detenido.

La luz era ya menos y en las plantas comenzaban a circular los encargados de la vigilancia.

—Perdonen —tuvo que decir Donald a uno de los guardas—, busco a una joven. Pienso que debe estar arriba. Seguramente nos hemos cruzado.

Llegó a la cafetería intentando acompasar su respiración. Quedaba mucha menos gente y era fácil darse cuenta de que la muchacha a la que buscaba no estaba.

Consultó el reloj. Las 6,20.

Se preguntó si mientras aguardaba en los momentos en que el bar estaba más lleno habría subido ella y no le había encontrado. Pero, no. No podía ser. Donald estuvo siempre pendiente de la entrada.

No pensó en absoluto de que hubiera podido darle esquinazo. ¿Por qué? Con no acceder en salir aquella tarde ya estaba todo solucionado.

Bajó a la calle y buscó entre la gente que estaba en las aceras esperando. Había muchos jóvenes, que sin duda aguardaban a sus respectivas parejas.

Quedaban muchos curiosos —curiosas, sobre todo— mirando los escaparates que los encargados se apresuraban a arreglar para el día siguiente anunciando nuevas rebajas.

No. Emma no estaba.

«Pero ¿dónde diablos habrá ido?».

La vista de una cabina telefónica le hizo pensar en llamarla por teléfono.

Sacó su agenda y buscó su teléfono particular. Llamó un par de veces, pero nadie contestó.

«Claro, no ha tenido tiempo de llegar. Si no me ha encontrado, debió buscarme como yo a ella. Eso es tener mala suerte».

Ya nada podía hacer allí, pero se resistía a marchar. Consultó de nuevo el reloj. Las seis y treinta minutos. Pensó en la cita que tenía con su amigo y al fin buscó un taxi.

—A la calle Fresno —ordenó al conductor, y luego, pensando que tal vez le pillara de paso, añadió—: Pase por la avenida Walesky primero. En el cruce de Manzano Street.

El taxi empleó diez minutos en hacer el trayecto, y Donald bajó, pidiendo al chófer que le esperara.

Se dirigió al número 42. La puerta era automática y se accionaba desde los pisos. No sabía en cuál de ellos vivía Emma y lo buscó en los timbres exteriores.

¡No había ninguna Emma Johnes!

Quedó desconcertado un instante, pero luego pensó que quizá la muchacha podía vivir en casa de una amiga. En realidad, sabía tan poco de ella...

Observó que en uno de los botones ponía: «Información».

Llamó al timbre correspondiente y la puerta se abrió, dejando ver un pequeño vestíbulo con la escalera que subía a los pisos y un corredor al lado con una puerta al fondo. En esa puerta había aparecido un hombre, que al ver a Donald se apresuró a preguntarle:

—¿Qué desea? ¿Viene por el apartamento?

—No, no, perdone... Busco a una señorita. Sé que vive aquí. He venido a recogerla un par de veces, pero no veo su nombre en el buzón.

—Entonces es que no vive aquí. Los nombres son correctos — anunció el portero.

—Quizá viva acompañada, o sea huésped de alguien.

—¿Cómo se llama esa señorita?

—Emma. Emma Johnes.

—No recuerdo a nadie con ese nombre. No. Creo que no. Se equivoca usted.

—Pero le digo que la vi entrar y salir de aquí. ¡Ayer mismo!

—Pues aquí no es —repuso el hombre, con evidente mal humor—. Se habrá confundido de puerta. Es fácil. Buenas noches.

—¡Espere! Yo sé que no me he confundido. ¿Está usted solo aquí?

—Escuche, soy el portero. ¿Comprende? Conozco todos los vecinos.

Donald no estaba convencido ni mucho menos, pero comprendió que sería inútil intentar sacar nada más de aquel hombre. Únicamente y antes de irse, murmuró:

—Bueno, por si acaso se trata de una pariente de un inquilino... Esa joven tiene unos veintidós años, quizá veintitrés. Es rubia completamente, estatura mediana, es bastante llamativa, muy bonita, por supuesto.

El hombre le escuchó sin hacer ningún comentario. Estaba impaciente por ver salir a Donald.

El joven lo comprendió así y caminó hacia la puerta. Fue entonces cuando el portero le llamó.

—¡Eh! ¡Un momento!

Donald se volvió sonriendo.

—Sí, diga. ¿La recuerda ya?

—Pues ahora que la ha descrito parece que sí, pero esta chica

hace un año que no vive aquí. Al menos si se trata de la misma.

—¿No vive aquí?

—No. No, señor.

—¿Tiene sus señas?

El hombre dudó un momento como si no acertara a encontrar las palabras precisas para responder.

—Bueno... En algún sitio debe vivir, ¿no? —insistió Donald.

—No, señor. No vive en ningún sitio. Bueno, quiero decir que... se murió. Se murió hace un año.

Donald quedó mudo. ¡Aquello no tenía sentido!

CAPÍTULO II

—Bueno, debes admitir que te han tomado el pelo —sonrió el amigo de Donald.

Era John Hammers, alto, elegante y habituado a frecuentar los sitios lujosos como aquel restaurante que había elegido para invitar a cenar a su amigo.

Con la bahía a sus pies, al otro lado del enorme ventanal, la vista de las localidades de la periferia con sus luces guiñando a lo lejos y reflejándose en el agua, era ya de por sí todo un espectáculo.

—¿Quién me ha tomado el pelo? ¿La chica? —inquirió Donald.

—A menos que admitas que durante esos tres días has estado saliendo con un cadáver —repuso el abogado.

—Pues te aseguro que era el cadáver más hermoso que puedas imaginarte. Algo así como tu secretaria, pero en versión rubia. ¡Ahora que caigo! Y hasta se parecían... Bueno, al menos de aquí —y se puso las manos sobre el pecho.

—No has cambiado, muchacho. Siempre pensando en chicas.

—¿Hay algo mejor?

—Cuando no dan esquinazo —bromeó John.

—¡Oh, bueno! Ya aclararé esto. Hoy no podía, me estabas esperando tú y deseaba charlar contigo. Ya ves que no todo son chicas.

—Gracias por si lo has dicho como un cumplido.

—Siempre fuiste uno de mis mejores amigos, pero esa chica... Es extraño todo esto. ¿No te parece?

—Según se mire. Quizá ella quiso divertirse contigo. ¿Le dijiste que ibas de paso?

—Sí. Le conté muchas cosas. De algo hay que hablar.

—¿Y ella? ¿Qué sabes de ella?

Tras una breve reflexión, Donald sonrió:

—Me temo que el nombre únicamente.

—Entonces te dio unas señas falsas para no comprometerse.

—Pero es absurdo. Bastaba con decirme que no quería salir. Yo no suelo ser pesado. Si no gusto me escabullo. Es mi lema. Pero la verdad es que Emma era muy hermosa y tenía... No sé cómo decirte... ¡Oh! Ya la conocerás. En las fotos. Mañana he de ir a buscarlas. Por cierto, volveré a ver a ese portero para mostrárselas. Será el único modo de convencerle de que esa chica vive y no es un producto de mi imaginación.

Instintivamente, Donald buscó en el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta y repentinamente palideció.

—Aquí tengo el resguardo... —había empezado a decir y rectificó—: ¡Mi cartera! ¡La he perdido!

—¿La has perdido? ¿Cuándo? —preguntó John.

—Oh, quizá me la han robado. ¡Claro! Las malditas apreturas de los almacenes... ¿Y no me he dado cuenta hasta ahora?

—¿Llevabas dinero?

—No. El dinero lo llevo en el bolsillo. Pero los documentos... Y metí el resguardo de las fotos allí. Eso sí lo recuerdo perfectamente.

—Bueno, tendrás que avisar a la policía. Los documentos son importantes.

—¡Maldita sea! Con lo bien que me habían empezado a salir las cosas...

—No pienses más en ello, Donald. De nada servirá que sigas lanzando maldiciones.

—Perdona. Lo siento. ¡Vaya una cenita te estoy dando!

—Yo ya he terminado. Nunca tomo postre.

—Yo tampoco apetezco nada más.

—Entonces, vámonos. Iremos a presentar la denuncia. Tengo algunos conocidos, intentaré que hagan algo para simplificar los trámites —se ofreció John Hammers.

Al salir del puesto de policía, Donald agradeció a su amigo todo su interés y luego ambos en el coche del abogado se dirigieron hacia el hotel de Donald.

—Te acompañaré y luego regresaré. Esta noche me espera bastante trabajo. Tengo un caso un poco difícil. Un asunto criminal que va a dar mucho que hablar.

—Siento haberte robado esas horas.

Donald consultó el reloj. Eran casi las nueve de la noche. Se

podía circular bien por las calles, pero John conducía con precaución, sin prisas, casi recreándose.

—¿Y a ti? ¿Cómo te van las cosas?

—No puedo quejarme. No soy un señorón como tú, pero ya ves que puedo permitirme algunas cortas vacaciones de cuando en cuando. Sobre todo en invierno.

—¿Se edifica mucho por Arizona?

—Ahora estoy con una nueva urbanización. Un lugar de postín. Construimos casas de setecientos mil dólares para arriba. ¿Por qué no te animas y te haces construir una?

—Todavía no he llegado a millonario —sonrió el abogado.

—Pero vives como si lo fueras.

—La casa la heredé de mis abuelos. He tenido que hacer algunas reformas y las pago a plazos. Pero tampoco me quejo, voy escalando peldaños. El caso de ahora será un paso muy importante, si me sale bien.

—¡Y pensar que eras el menos estudioso! Tres años repitiendo. Por eso nos conocimos. ¡Ya ves! A mí me llamaban el empollón y ahora ni siquiera ejerzo en mi profesión.

—¿No ejerces?

—Soy supervisor de planos. Algo así como el jefe de la plantilla de arquitectos, y hago de *public relations* y, además, me cuido del material. Ya te he dicho que vine para ultimar un pedido de madera.

—Y te has tomado unas vacaciones. Eso yo no puedo hacerlo más que por prescripción facultativa... Bueno, creo que ya hemos llegado. ¿Es ese tu hotel?

Donald asintió, y a la vez murmuró:

—¿Por qué no subes a tomar la última copa?

—Es tarde.

—Ya sé que tienes trabajo, pero cinco minutos más...

¿Eh?

—Está bien. Por una vez que nos vemos...

Subieron ambos a la planta doce. Donald tenía una magnífica habitación con una vista estupenda, y un bar particular que se había hecho llenar para refrescarse durante su estancia en San Francisco.

—¿Wodka, *whisky* o prefieres coñac? —ofreció.

—Coñac. A estas horas, un coñac —pidió el abogado—. Sírrete

tú mismo y ponte cómodo —repuso Donald, abriendo de par en par la puerta corredera que separaba el salón del dormitorio.

Sus ojos miraron fijamente en la cama. Había algo. Donald ahogó una exclamación de sorpresa.

¡Era la cartera!

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Su amigo el abogado, con una copa de coñac en la mano, se aproximó:

—¿Es la tuya? —inquirió.

Donald la había tomado y miraba su interior.

—¡Claro que es la mía! Voy a llamar ahora mismo. ¡Alguien tiene que haberla dejado aquí!

—Espera. ¿Estás seguro de que no te la habías olvidado?

—¡Claro que estoy seguro! Completamente seguro. John Hammers permaneció silencioso mientras su amigo repasaba su contenido.

—No me lo explico —decía casi para sí mismo—. No falta nada.

Se interrumpió de pronto. Sí que faltaba algo. Algo casi sin importancia aparente, pero que desde aquel momento comenzó a cobrarla.

—¡El resguardo! —exclamó.

—¿Qué resguardo?

—El de las fotos, John. El de las fotos donde aparece Emma.

El abogado frunció el entrecejo. Donald no encontraba ninguna explicación posible. A menos que...

A menos que alguien intentara borrar toda posible identificación de aquella muchacha que durante tres días había salido con el hombre afincado en Arizona.

CAPÍTULO III

No. Nadie en el hotel sabía nada de aquella cartera. Ninguna de las muchachas encargadas del repaso de las habitaciones sabía nada tampoco, ni las camareras de los pisos. Sin embargo, la cartera no había podido regresar sola al hotel.

Es lo que estaba comentando Donald con su amigo, cuando a las nueve en punto John le dejó frente al número 42 de la avenida Walesky.

John Hammers acompañó a Donald cuando éste insistió en hablar nuevamente con el portero del edificio.

—Deberías esperar a mañana. Es tarde. En el Banco West, donde dices que trabaja, quizá se aclararán las cosas.

La respuesta de Donald fue vehemente.

—Esa muchacha ha desaparecido, John. ¿No te das cuenta? ¡Ha desaparecido!

—No trates de ver misterios donde seguramente no los hay. Tendrá una explicación lógica.

—¿Lo de la cartera también? Me la han robado, John. Me la han robado para quedarse con el resguardo de esas fotografías.

—Que yo sepa, los ladrones prefieren generalmente el dinero. No se arriesgan a robar carteras para quedarse con el resguardo de unas fotografías.

El portero ya les había franqueado la entrada. Iba en mangas de camisa y su talante al ver nuevamente a Donald aumentó varios enteros comparado con la última vez.

—¿Qué quiere ahora? ¡Ah Ya veo que viene acompañado! ¿Qué le pasa? ¿No le he dicho acaso que esa muchacha por la que usted pregunta está muerta?

—¿Y cómo sabe que hablamos, de la misma persona? —incredó Donald, sin importarle lo más mínimo que el otro tuviera el ceño fruncido y le atendiera de mala gana.

—Oiga, amigo. Deje ya de importunar. Si ha perdido a su novia, no es culpa mía —repuso el portero.

—Escuche, mi novia no ha muerto. Estoy seguro.

—Eso es cosa suya. Lárguese de una vez o llamaré a la policía —gruñó el portero.

—¡Un momento! —intervino John Hammers, conciliador—. Mi amigo está seguro de que aquí vive una señorita con la que ha estado saliendo tres días. Posiblemente hay una confusión. Mi nombre es Hammers, John Hammers. Soy abogado.

—¿Abogado y todo, eh? Esto no es una audiencia, amigo, y aquí no vive ninguna Emma Johnes. Ya le he dicho que esta muchacha murió el año pasado.

—¿De qué murió? —preguntó el abogado.

—De un accidente. Una manzana más allá. Mi esposa también lo recuerda. Ella fue a llevarle flores a su tumba. Si quieren, puedo decirles en qué cementerio está enterrada. ¿Algo más?

Eran las ocho y cinco minutos de la mañana cuando Donald estaba delante del edificio central del Banco West.

La hora tardía de la noche anterior le había impedido proseguir con sus investigaciones, pero ahora estaba decidido a seguir adelante.

Preguntó en información.

—¿En qué departamento trabaja esa señorita? —le preguntaron.

—El caso es que no lo sé —tuvo que admitir Donald.

Una vez más se encontraba con que apenas si sabía nada de ella.

Buscaron en el registro de personal. El Banco contaba con numerosa plantilla y no fue fácil. Sin embargo, al término de la consulta, la respuesta del encargado fue categórica.

—No figura ninguna mujer con ese nombre. ¿Está seguro de que trabaja en este Banco?

—Tengo su número de teléfono. —Y Donald consultó su agenda y soltó el número que tenía anotado.

—Este número no corresponde a ninguno de los que tenemos en el Banco —fue la desconcertante respuesta.

—¡Pero si ayer mismo la llamé! ¡A las once! Emma me dijo que a esta hora su jefe solía tomar un refresco y...

Comprendió que por aquel lado no iría a ninguna parte. El hablaba y su interlocutor parecía no entenderle ni media palabra.

—Consultaré la lista de secretarias. ¿Hacía poco que trabajaba en el Banco esa señorita?

—No lo sé. Únicamente puedo decirle que la llamé a las once. A ese número, pero si no existe... —Y añadió, esperanzado—: Tal vez alguna agencia del Banco...

El de información tuvo la paciencia de consultar las agencias del West Bank.

—Lo siento, señor. Debieron gustarle una broma o acaso se haya usted confundido de número. Todo puede ser. Pero lo cierto es que no hay ninguna Emma Jotaes entre los empleados.

Cuando Donald salió a la calle sólo acertaba a preguntarse: «¿Acaso estoy buscando una muchacha que no existió nunca?».

Era absurdo. El había salido en tres ocasiones con Emma, desde que se conocieron el sábado por la tarde en...

Ahora estaba en el cementerio que le había indicado el portero de la casa número 42 de la avenida Walesky.

Sobre la lápida podía leerse:

EMMA EMILY JOHNES
1950 – 1973

Nada más.

La edad coincidía más o menos con lo que Donald había supuesto: veintitrés años, pero...

—Estoy seguro que esta muchacha no es la misma. ¡Claro que estoy seguro! ¿Cómo iba a salir con una muerta? Estoy pensando tonterías.

Y luego alejándose ya de la tumba añadió para sí:

—Están intentando que vea visiones...

—Ya sé que es difícil que lo recuerde usted. Había mucha gente. Fue ayer por la tarde. Le entregué los negativos y me dijo que podía pasar a recogerlos a partir de hoy al mediodía.

—¿El resguardo? —pidió el empleado de los almacenes a Donald.

—Ya se lo he dicho. Lo he perdido.

—Hum. Será difícil, señor. Vienen más de doscientos clientes cada día y ayer fue un día de los buenos. Los lunes siempre ocurre

lo mismo.

—Bueno, pero podrá usted intentar localizar esas fotos, ¿verdad? Me interesan mucho. Y por supuesto, cuente usted con una buena propina.

—Tenemos mucho trabajo, señor. Compréndalo. Hay un montón de sobres para entregar, tendríamos que mirarlos uno a uno.

—Lo haré yo, si no le importa. No soy de San Francisco. ¿Comprende? Estoy sólo de paso.

—Bien, señor. Aguarde un momento. Tendré que consultarlo —repuso el empleado.

Dos minutos después regresaba. Donald fue autorizado a examinar los sobres preparados para entregar. El empleado le dijo:

—Si vino usted entre las cinco y la hora de cerrar, sólo puede estar entre éstos —y le mostró unos cuantos encargos—. Corresponden a las horas que usted dice.

Donald comenzó a examinar las fotografías. Bastaba ver una sola, la primera para saber si la había hecho él o no. En casi todas aparecía Emma, o él, siempre solos los dos, excepto una, que según dijo se la había hecho un muchacho.

Cuando terminó de examinar los sobres confesó:

—No, aquí no está. Deben tenerla en otro sitio.

Otra consulta por parte del empleado hasta que apareció el jefe de la sección y expuso sin rodeos:

—Lo sentimos, señor. Lo único que podemos hacer es anotar sus señas. Si pasado algún tiempo nos quedan trabajos por recoger, podemos mandarle aviso.

—¿No habrán extraviado esas copias?

—Es muy difícil, señor. Puede darse el caso, pero repito que es prácticamente imposible.

—Entonces no lo comprendo. Es fácil extraviar un volante, ¿no?

—Bien... Quizá otra persona haya recogido esas fotos.

—¿Otra persona?

—Un familiar... Un amigo.

—No. Seguro que si alguien las ha recogido no se trata de un amigo precisamente —rezongó Donald.

—Siento molestarte de nuevo, John —dijo Donald en el despacho de su amigo, en su domicilio particular—, pero ya sabes lo que hay.

John Hammers asintió en silencio y luego comentó, recopilando lo que acababa de comunicarle Donald:

—Una tumba con la inscripción de la muchacha con la que saliste, unas fotos desaparecidos, un empleo que la tal Emma jamás tuvo y un portero hostil que no hace más que confirmar que una tal Emma Johnes murió el año pasado. ¡Hum!

—¿Crees que debería avisar a Ja policía? —preguntó Donald.

—¿Para qué?

—Para denunciar la desaparición de esa muchacha.

—Mira, Donald. Si vas a la policía y los encuentras de humor, cosa que dudo, van a hincharse de reír.

—¿Por qué?

—¿Qué puedes decir de esa chica?

—La verdad. Todo lo ocurrido.

—Suponiendo que no te tomen por loco, te dirán que se trata de una chica que te tomó el pelo y nada más.

—¿Y el nombre? Ese nombre existe.

—Bueno. Seguramente existirán muchas Emmas Johnes.

—Que vivan en la misma casa, ¿eh?

El abogado quedó pensativo. Y Donald añadió:

—¿Y lo de las fotos? Ahí está el quid, John. Eso es lo que más me da que pensar. Me robaron la cartera y lo hicieron para quedarse con el resguardo de esas fotografías, que yo había dejado para revelar en los almacenes... ¿Por qué, John?

—Es un asunto muy extraño, la verdad —comentó John—. Si no te hubiese sucedido a ti pensaría que se trata de...

—De la historia de un loco o algo parecido, ¿no? —sonrió Donald, comprendiendo lo que quería decir su amigo.

La secretaria entró en aquellos momentos. Stella Manny, tan atractiva, saludó con una sonrisa al amigo de su jefe, que se mostró menos entusiasmado que el día anterior. Estaba demasiado preocupado para ello.

—Disculpen —murmuró ella, entregando unos documentos a John.

—Muy bien. Termine con las copias de esos informes. Luego puede irse a almorzar.

—Bien, señor Hammers —repuso ella y con otra sonrisa para Donald desapareció hacia el antedespacho.

El abogado observó su intercomunicador y pulsó un botón.

—¿Estaba abierto eso? —inquirió Donald.

—Sí. Casi siempre lo está.

—Si ella lo ha oído quizá piense también que estoy loco —comentó Donald.

—Nadie piensa que estás loco y la señorita Manny está acostumbrada a oír muchas cosas... Además, tú eres mi amigo y esto cambia mucho. La verdad, quisiera ayudarte, pero no sé cómo. Si esa Emma Johnes fuera algo tuyo te aconsejaría que contrataras a un detective privado. Es la mejor solución. Pero no sabes nada de ella, ni siquiera si el nombre que te dio era el verdadero. El hecho de que en aquella casa hubiese vivido otra Emma Johnes puede ser una mera coincidencia. Lo demás, yo lo aceptaría como un desplante, una tomadura de pelo, un modo de darte esquinazo. ¿Te parece extraña la forma? Bueno, si escucharas las historias que a veces tengo que oír yo, te convencerías de que en el mundo hay gente para todo y capaz de las más increíbles extravagancias. Eso, después de todo, se puede aún aceptar como broma de jóvenes...

—Sí, claro —medio admitió Donald—. Pero hay lo de la cartera.

—¡Y dale! Te la olvidaste.

—¡No!

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque...

—Vamos, vamos. Algunas veces uno cree estar seguro de que ha hecho algo y luego comprueba de que no. Dejarse una luz encendida, estar seguro de haber cogido una llave, el dinero... Nos pasa a todos.

—Tal vez —asintió Donald, sin estar convencido.

—¿Y dónde conociste a ese portento? —preguntó el abogado.

—La conocí en..., ¡cielos! La primera vez que la vi fue cuando vine el sábado a preguntar por ti. Salía de tu escalera.

—¿Estás seguro? —inquirió el abogado.

—Completamente. Me fijé bien ella. Hay cosas que no se olvidan. Hacía un poco de viento, su falda era corta y bastante ancha, se le levantó y...

—Tú siempre empiezas a examinar a las mujeres por los pies, ¿no?

—Bueno. Salía de aquí. Yo entré para preguntar al portero. Me

dijo que pasarías fuera el fin de semana, pero que volviese a llamar, por si regresabas antes. Estuve hablando con él cosa de unos cinco minutos. Luego, a la salida, no tenía ningún rumbo prefijado, esperaba encontrarte, y empecé a andar. ¡Y ella estaba en la otra esquina!

—¿Y fuiste tras ella?

—Pues sí..., hasta que tomó el autobús. Allí empezamos a hablar. Ella buscaba el dinero en su bolso y yo le pagué el billete. Ése fue el principio. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? —se puso en pie, decidido a algo.

—¡Eh! ¿Dónde vas?

—¡A hablar con el portero! El tiene que conocerla.

CAPÍTULO IV

—Trate de hacer memoria, Sam —pidió John Hammers, que había acompañado a su amigo para interrogar al portero de la finca—. Mi amigo ya le ha descrito a esa joven. Muy hermosa por lo visto. Eso no se olvida...

—Intento recordar, señor Hammers. El sábado... No vino mucha gente. No... La verdad es que no recuerdo a ninguna señorita de esas características.

—Pues salió de aquí —insistió Donald.

—¿Está usted seguro? —preguntó el portero.

—Bueno. Estaba en el jardín —y señaló el espacioso jardín que daba acceso a la puerta de la finca. Recinto que además contaba con una verja y la puerta correspondiente, que durante la noche se cerraba.

—Podía estar ahí, señor. Quizá esperaba a alguien de la casa —adujo el portero.

—Naturalmente. No tuvo necesariamente que salir de aquí —dijo el abogado—. Sam lo recordaría. Tiene buena memoria y es buen fisionomista.

—Sí, señor. El jardín es privado, pero si alguien se detiene algunas veces no siempre puedo verle. Yo estoy aquí, tras ese mostrador. A veces, echo una ojeada fuera. Si veo algún tipo que no me gusta en el jardín lo echo, pero el sábado no vi a nadie, eso no quiere decir que pudiera estar una señorita.

—No esperaba a nadie. Salió sola —murmuró Donald, admitiendo que Emma pudiera haber estado en el jardín, aunque a él le hubiese parecido que salía del portal.

—Bien, Sam. Eso es todo —dijo el abogado, dando por terminado el interrogatorio.

Luego salió con Donald al jardín y le preguntó:

—¿Y no te dijo ella qué estaba haciendo aquí?

—No se lo pregunté.

—Sí, claro.

—Ya sé lo que piensas. Que te estoy hablando de la mujer fantasma. Nadie la ha visto excepto yo. Y el único que recuerda su nombre es para decirme que lleva muerta un año.

Tras un silencio añadió:

—Lo que me pregunto es cómo diablos puede pasar inadvertida una criatura como Emma Johnes. Bueno, amigo, no te molesto más. ¡Al diablo con todo! Pero aquí hay algo... Me huelo algo.

—Debiste haberte dedicado a policía. Si puedo hacer algo por ti...

—Nada. Yo cuidaré de avisar a la policía, que se olviden de mi cartera.

—Ya lo he hecho yo. Hablé con el teniente anoche, al regresar.

—Entonces gracias, John. Y suerte en tus asuntos.

—¿Cuándo piensas regresar a Phoenix?

—Pues... mañana. Creo que será mejor.

—Buen viaje y suerte en todo.

—Hasta la vista, John. ¡Y gracias otra vez!

Al separarse de su amigo, Donald observó a Stella Manny, que salía de la casa y se quedaba un momento para despedirse de su jefe. Luego, la muchacha avanzó y como Donald se había quedado parado, se encontraron.

—Buenas tardes —saludó ella.

—¿Va a almorzar?

—Sí.

—¿Puedo... invitarla?

—Suelo ir a mi casa, vivo cerca. Gracias de todos modos.

—Bueno. Se ve que estoy viviendo mis días bajos.

Ella sonrió.

—¿Por qué dice esto?

—Usted lo sabe. ¿No escuchó lo que me ha sucedido?

Ella cambió ligeramente el color de su rostro. El insistió:

—Mi amigo tenía el intercomunicador abierto.

—Lo siento —dijo ella, en tono grave.

—Perdone. No quise ofenderla.

—El señor Hammers tiene una gran confianza en mí.

—Sí, claro. Al fin y al cabo, lo mío no era ningún secreto. Ya

sabe, uno sale con una chica y de pronto le da esquinazo.

Habían empezado a andar uno al lado de otro. Lo hicieron en silencio durante una docena de metros.

—Tiene razón —cortó ella—. He oído lo que le ha sucedido y es lamentable. Pienso que esa muchacha debió decirle que no deseaba que usted la acompañara y nada más.

—¿También piensa que hubo tomadura de pelo?

—No sé. No conozco a fondo el asunto...

—Lástima, si comiésemos juntos se lo explicaría, pero ya le he dicho que debo tener mis días bajos.

Ella sonrió.

—Me pareció más optimista ayer, Donald. Anímese; por una chica no se acaba el mundo. ¿Había conseguido interesarle?

—Era simpática, nada más. Cuando yo tengo una chica a mi lado y hablo con ella, es porque me interesa. Lo otro... Lo de «interesar» en serio, puede venir luego. ¿No te parece, Stella?

—Totalmente de acuerdo. Bueno. Si su invitación sigue en pie, la acepto.

—¡Oh! Esto ya va mejor —exclamó él—. Bien, elija el sitio.

—Se ha animado muy deprisa —sonrió ella.

—Es que usted es capaz de levantar los ánimos a cualquiera.

Sonrieron, alejándose de la casa del abogado.

Momentáneamente, parecía que Donald se había olvidado de Emma, pero...

El almuerzo había concluido. Donald había estado hablando, pero Stella, buena observadora se daba perfecta cuenta de que todo el entusiasmo de su anfitrión era más bien superficial.

—No se puede sacar de la cabeza a esa muchacha, ¿verdad?

—Son las circunstancias.

—Ella le mintió. Reconózcalo. No vivía en esa casa donde usted fue a buscarla, ni trabajaba en el Banco.

—Cierto.

—Entonces olvídela, Donald. Aunque no quiera decir que no le comprenda. Todo eso que le ha ocurrido le da qué pensar. Son pequeñas casualidades que sumadas y de acuerdo con las circunstancias, convierten las cosas en mayores de lo que son en realidad.

—Tiene razón, Stella. Y perdone si...

—¡Oh! Nada de pedir perdón. Ha sido un almuerzo muy agradable. La verdad es que a usted ya le conocía de antes.

—¿A mí?

—No en persona. Pero mi jefe me ha hablado algunas veces. Es arquitecto, ¿no?

—Ésa es mi profesión, sí.

—¿Qué tal se vive en Arizona?

—Supongo que como en todas partes. Yo preferiría esto. Pero fui allí por motivos familiares, luego me salió una oportunidad y la aproveché.

—Bueno, tendré que irme. Tenemos mucho trabajo.

—John debe pagarle muy bien. Sólo piensa usted en el trabajo.

—No puedo quejarme. Además, me, gusta lo que hago.

—Bueno, si tenemos que despedirnos... Hasta otra vez.

—Adiós, Donald, y buen viaje cuando regrese a Arizona. No me acompañe, por favor.

Donald la dejó marchar. Pagó la cuenta y se dispuso a salir, lanzando un bufido.

Era un bufido de impotencia. Solía hacerlo cuando tenía problemas aparentemente insolubles.

Iba a cruzar el umbral de la puerta del restaurante, cuando apareció el hombre. Era relativamente joven, de unos treinta y cinco años, un tipo atlético y de aspecto dinámico, llevaba gabardina y sombrero que no se quitó al entrar.

Aquel individuo avanzó directamente hasta él y le pidió:

—¿Por favor, podría darme lumbre?

Le miró de un modo muy fijo, extraño. Donald le ofreció su encendedor, mientras el otro sacaba el cigarrillo de la cajetilla y sin mover los labios murmuraba:

—Quiero hablarle de Emma Johnes. No diga nada. Salga a la calle y camine hasta doblar la primera esquina. Espéreme allí.

Encendió con la llama del mechero de Donald y se alejó hacia el mostrador del restaurante.

Donald avanzó hacia la puerta y salió a la calle. Todo aquello no le parecía muy normal, pero el individuo había hablado de Emma y su curiosidad le impulsó a seguir las instrucciones recibidas.

Comenzó a andar hasta la esquina y dobló a la derecha, tal como le había indicado el sujeto.

Había algunos coches aparcados. Aguardó.

El individuo que le había abordado en el bar restaurante apareció al cabo de tres minutos. Pasó por su lado y murmuró:

—Mi coche es el tercero. El verde. Le recogeré en la otra esquina.

Donald pensó que aquello empezaba a ponerse interesante y continuó obedeciendo.

Iban los dos en el coche. El que conducía se había presentado como Michael Paige, detective privado.

—¿Qué sabe de esa chica? Porque hasta ahora, parece que nadie la conoce.

—Tenía el encargo de vigilarla.

—¿Vigilarla? ¿Por qué?

—Oiga, soy detective. Debo ser discreto.

—¿Y bien? ¿Qué hay detrás de todo esto?

—Escuche, amigo... Donald Corban, ¿verdad?

—Está muy bien informado.

—Es mi obligación. Pero no se trata de un secreto. Me lo dijeron en el hotel. Bueno, tuve que inventar una excusa, cosas del oficio.

—¿Me vigilaba a mí también?

—Porque le vi con Emma —repuso el detective.

—Bien, siga.

—No tengo mucho que decir. Me contrató la familia del prometido de Emma. Gente de alcurnia, de los antiguos. Tienen pasta. ¿Me comprende? Querían saber con quién iban a casar al heredero. Me llamaron, convinimos el precio y mi misión se limitaba a averiguar todo lo posible acerca de la novia y lo que hacía en los ratos que no estaba con el prometido.

—¿Y qué averiguó de ella?

—Debo confesar que muy poca cosa, pero si me permite, las preguntas quiero hacerlas yo.

—Poco a poco. Yo salí con ella el sábado por la tarde, el domingo y ayer por la tarde y sólo sé su nombre.

—Les perdí en los almacenes —repuso el detective.

—¿Nos seguía usted?

—Sí.

—¿Y el sábado?

—También.

—Entonces...

—Hemos quedado en que las preguntas las haría yo — interrumpió el detective otra vez.

—Mire, amigo, si a usted le interesa Emma a mí también, aunque seguramente por razones distintas.

—De acuerdo. Pero escúcheme bien. Olvídese de esa muchacha. ¿Me ha entendido?

—¿Que me olvide...?

—Eso he dicho. Olvídese de ella. Por completo.

—¡Oiga!

—No, óigame usted... Si he querido hablarle ha sido únicamente para advertirle. No meta las narices en este asunto.

—¿Puede parar el coche? Deseo bajar —repuso Donald, tajante.

—No sin que antes me haya oído.

—Creí que deseaba encontrar a la chica.

—Esto es asunto mío.

—Entonces deténgase. No me gusta que me den órdenes.

—No es una orden. Es un consejo y por su bien —repuso Michael Paige—. No ande haciendo preguntas a nadie. Piense que una chica le ha dado esquinazo y nada más. ¿Está claro?

Detuvo el coche al fin. Estaban en las afueras, en zona marítima, al otro lado del puente en dirección a Oakland.

Donald se apeó y el auto arrancó rápidamente. El joven se fijó en la matrícula del automóvil, luego comenzó a caminar sin rumbo. Si antes estaba perplejo ahora todavía lo estaba más. Y mucho más intrigado también.

¿Qué se escondía detrás de todo aquello?

CAPÍTULO V

Donald iba a cruzar una esquina, cuando un taxi se vació allí cerca. Al volverse vio cómo el coche del detective doblaba la otra esquina donde se había detenido, aguardando la luz verde del semáforo.

—¡Taxi! —llamó.

El otro coche doblaba ya, desapareciendo. Donald se metió dentro del taxi y ordenó al conductor:

—Rápido. Siga en esa dirección.

Luego le hizo doblar la siguiente esquina y miró hacia delante. El automóvil del detective marchaba a buena velocidad en dirección a la autopista urbana.

—Procure aproximarse a aquel coche —y le dio al chófer el número de la matrícula.

Como el conductor no pareció hacerle demasiado caso, Donald sacó un billete de diez dólares y se lo entregó.

—Eso para empezar, amigo.

—Así se habla —repuso el chófer, y pisó el acelerador.

—¡Cuidado! No quiero que el conductor de ese coche se dé cuenta —advirtió Donald.

—Descuide, señor.

Tras unos veinte minutos de marcha ya por las calles del centro, el detective metió el auto en un garaje privado, en los sótanos de un edificio.

El taxista se había detenido en la parte contraria de la calle y esperó instrucciones. Donald salió al cabo de unos instantes y echó una ojeada a la puerta del edificio. Era de tipo comercial, con un gran vestíbulo y abundantes despachos. La casa era ya antigua, se le había añadido el garaje y Donald pensó que por el sótano debía comunicar con el cuerpo central del edificio. Buscó por las placas indicadoras de los despachos. En la segunda planta leyó algo que

podía estar relacionado con el hombre al que había seguido:

Robert D. Elroy
Detective.

Corrió hacia uno de los dos ascensores. También habían sido renovados y funcionaban automáticamente, sin empleado que los condujera. Se alegró de ello para no tener que dar explicaciones, se metió dentro y pulsó el botón de la segunda planta.

Apenas la puerta automática se abrió en el segundo piso, cuando del otro ascensor salía el detective. Donald no se movió de la cabina, a fin de que su perseguido no pudiera verle. Asomó ligeramente y le vio avanzar hacia una de las puertas, que abrió con una llave para desaparecer tras ella.

Donald, momentos después comprobó que aquel hombre se había metido en el despacho del detective Robert D. Elroy, por lo que era fácil suponer que aquél era su nombre.

—Bueno, bueno —murmuró para sí—. Por lo visto, tú eres la única persona que conoces a la chica. Veamos lo que sabes.

Llamó, decidido. La puerta era de cristal biselado.

Había luz dentro y pronto se aproximó la sombra de un hombre. Abrió. Era el detective.

—Buenas tardes. No esperaba verme tan pronto, ¿eh? —sonrió Donald, colándose en el despacho.

—Creí que ya nos habíamos despedido —repuso el detective.

—Se olvidó presentarse y unas cuantas cosas más.

—Ya le dije que no tenía nada más que advertirle —repuso el otro.

—¿Elroy es su nombre?

—Sí.

—Bien. Necesito saber algo más de esa chica. No puede haber desaparecido así por las buenas. Y yo no soy un idiota.

—Pues se está comportando como si lo fuera.

Donald volvió hacia la puerta y cerró.

—No tengo prisa. A menos que prefiera que hable con el teniente de la brigada.

—¿Y qué podría decirle al teniente de la brigada, amigo?

Bueno. Donald sabía que no podía decirle gran cosa acerca de una chica que oficialmente nadie la vio en su compañía, y el

detective tampoco parecía muy dispuesto a ayudarlo.

No obstante, insistió:

—Con probar, nada se pierde. Me temo que usted es de los que no les gusta que la policía husmee en sus asuntos.

Elroy caminó lentamente hacia la puerta que separaba el pequeño vestíbulo de su despacho. Donald le siguió.

—Es usted tenaz, ¿eh? Se cree muy listo.

—¿En qué quedamos? ¿Soy listo o idiota?

El detective continuó hacia la mesa. Se sentó tras ella y comenzó a abrir el cajón.

Con la velocidad del rayo, Donald corrió hacia él. Había sentido el peligro y no se equivocaba. Elroy tenía un revólver en el cajón central. Iba a cogerlo. Donald llegó antes, saltando casi por encima de la mesa.

Los dos hombres rodaron por el suelo.

Jadeantes los dos, pugnaban por dominar el arma que aún empuñaba Elroy.

Donald, desde el suelo, consiguió retorcerle el brazo, obligándole a soltar el «Colt» automático de calibre 38. Con la mano lo alejó, y luego, tirando de Elroy, lo levantó para golpearle.

La reacción del detective fue fulminante. Hombre avezado a la lucha, le propinó dos golpes seguidos, contundentes, que mandaron a Donald contra el sillón, obligándole a efectuar una voltereta.

Prescindiendo ya del arma, el detective se lanzó de nuevo contra Donald, magullado por los golpes, que sin embargo tuvo tiempo de esquivar la acometida de su antagonista, que se dio contra el suelo, protegido por una vieja y desgastada moqueta.

Se levantaron ambos a la vez. La ventaja volvió a ser para el detective, que conectó un buen golpe en el estómago del de Arizona, al tiempo que con la zurda le mandaba contra la pared de un tremendo directo.

—Éstas mereciendo una buena lección. No será por no haberte advertido —rezongó Elroy, avanzando de nuevo hacia Donald, que trataba de reaccionar, procurando acompasar su respiración y dominar el dolor que le producían los golpes recibidos.

Esperó a que el otro atacara, para parar el doble golpe con los antebrazos.

Tenía que hacer algo, si no quería salir malparado de aquella

pelea. Aún con menos experiencia que su rival, Donald era un deportista, tenía agilidad, flexibilidad y buenos reflejos, y había demostrado poseer buena fuerza en otros aspectos.

El detective seguía intentando forzar su guardia con golpes fuertes, con amagos, con buena esgrima.

Por fin, Donald abrió la guardia, se agachó para esquivar un gancho y atacó el pecho de su adversario, logrando desplazarle.

Elroy trataba de terminar pronto la pelea y quiso hacerlo con un *jab* de izquierda, que alcanzó a Donald y le mandó contra una mesita que prácticamente se hizo astillas. Ya estaba de nuevo sobre él, intentando noquearle.

Donald puso en práctica sus nociones de judo, empezando por la más elemental de las lecciones. Tiró del brazo que se le venía encima y atacó con la mano libre. Luego retorció el brazo que seguía dominando y obligó a su oponente a lanzar un grito. Después le arrojó contra la mesa del despacho.

La situación había cambiado, porque Donald de dominado pasó a dominador. Y cuando Elroy quiso rehacerse se encontró con dos golpes clásicos de boxeo que dismantelaron su guardia. Donald aplicó otra llave de judo mandándole contra la puerta del vestíbulo. Se lanzó contra él, le obligó a levantarse y cuando lo tuvo a su merced, descargó un doble golpe que le arrancó un nuevo grito.

La espalda del detective se deslizó por la pared, hasta caer sentado en el suelo, con el rostro tumefacto y un hilillo de sangre que resbalaba de una de las ventanas de su nariz.

Allí estaba de nuevo Donald, obligándole a ponerse en pie.

—Te falta aprender modales, amiguito. No tienes sentido de la hospitalidad —y le remachó con un directo a la mandíbula, mandándole de nuevo y de golpe a su despacho.

Elroy cayó cerca del revólver. A gatas, intentó alcanzarlo entre jadeos. Donald lo advirtió, le golpeó el brazo de una patada y tomó él el arma.

—¡Basta ya! ¿No tienes ya bastante? ¡Levántate y charlemos de lo que me importa!

Donald empuñaba el revólver. Encañonaba al detective, que seguía en el suelo, tratando de acompasar la respiración.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien?

El detective no contestó y volvieron a llamar.

Donald pensaba en la situación. A pesar de haberse defendido, su posición no era muy legal.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando la puerta se abrió. No había sido echado el cerrojo y ahora asomaba un hombre vestido de uniforme.

—¡Eh, señor Elroy! Me ha parecido oír ruido. ¿Está usted bi...?

No terminó la pregunta. Bastaba con echar un vistazo para comprobar los efectos de la pelea. Donald guardó el arma en uno de los bolsillos de la chaqueta. El hombre de uniforme se aproximó más, descubriendo a Donald.

—Diga algo, señor Elroy, y cumpliré con mi obligación —dijo el del uniforme. Era el guarda de día del edificio.

—Será mejor que nos deje. El señor Elroy y yo teníamos una conversación privada —dijo Donald.

—Sí, Shelby —apoyó el detective, como si se desmerezara, ligeramente recuperado, aunque con las marcas visibles de los golpes recibidos.

—¿Está seguro que quiere que me vaya, señor Elroy? —insistió el guarda.

El detective parecía que estaba asintiendo, pero de repente se lanzó contra Donald, gritando:

—¡Cuidado! Tiene un arma.

El guarda actuó con gran rapidez. Portador de una porra de goma, la levantó, mientras Donald trataba de sacudirse al detective.

El guarda, en la fracción de segundo que tuvo a Donald de espaldas, le descargó la porra en la nuca, dejándolo sin sentido.

Desplomado, inconsciente, el detective buscó el revólver que Donald se había guardado.

—Ahí está —dijo, mostrándole el arma y dejándola sobre la mesa.

—¿Quiere que llame a la policía? —inquirió el guarda.

—No, no. No quiero que se arme mido. Yo me cuidaré de este tipo.

—¿Qué piensa hacer?

—Llevarle a su casa. Sé dónde vive.

—Puede que vuelva.

—Estaré prevenido. Oiga..., hágame un favor, Shelby. Eche un

vistazo fuera. ¿De acuerdo?

El guarda comprendió que Elroy no deseaba que le vieran mientras sacaba a Donald de su despacho y obedeció. Era un tipo fuerte y malcarado. Debía resultar un guarda excelente para los inquilinos del edificio, pero no parecía tener un gran concepto de la ley, e indudablemente, se inclinaba por los arreglos de cuentas personales.

Elroy cargó con el cuerpo inanimado de Donald, con el que bajó al sótano directamente en el ascensor y lo cargó en la maleta de su coche.

—No vas a viajar muy cómodo, amigo, pero tú te lo has buscado —rezongó.

Luego se dirigió hacia la pileta, abrió el grifo y se lavó las manos y el rostro, enjugándose con una de las toallas de papel dispuestas al efecto. El papel de crepé quedó sucio, manchado de sangre y fue a parar a la papelera. El detective volvió al coche. No había nadie. Se alegró de ello y puso en marcha el automóvil.

Un instante después salía del garaje y aceleraba por la calle de dirección única.

El conductor del taxi, que seguía aguardando vio al automóvil. Recordaba perfectamente la matrícula y se extrañó. ¿Dónde estaba su cliente?

Al fin y al cabo le debía el importe de la carrera. Lo único que había cobrado era la propina de diez dólares, que ya era bastante, pero...

No, No fue por el dinero por lo que sintió el impulso de seguir al coche, fue algo instintivo. Se lanzó tras él.

CAPÍTULO VI

Cuando Robert Elroy, después de dar algún rodeo detuvo el coche cerca de una cabina telefónica, el conductor del taxi vio perfectamente al hombre salir del auto y meterse en la jaula de cristal, donde marcó un número. Lo que no pudo oír fue lo que hablaron.

—Es ese tipo. El de Arizona. Me ha seguido. Lo tengo en el coche. ¿Qué debo hacer?

La voz del otro lado del hilo respondió:

—Eres un perfecto estúpido. Te dije que tomaras precauciones.

—Bueno. No es hora de lamentarse. Las cosas han ocurrido así. Lo que quiero saber es qué hago con él.

La voz enmudeció unos momentos para replicar al fin:

—Debe tener su equipaje en el hotel. Arréglatelas para sacarlo de allí. Que parezca una cosa normal. Nada de dejar pistas. ¿De acuerdo?

—Lo intentaré.

—Nada de intentarlo, Elroy. Esta vez no quiero fallos.

—Está bien. ¿Y en cuanto a él?

—Espera que oscurezca. Luego..., ya es cosa tuya.

—Oye, pero...

—Sin peros, Elroy.

—En los tratos no figuraba tener que cargarse a nadie.

—Yo no tengo la culpa de que lo hayas estropeado. Ahora, arréglatelas. Y sin fallos. Por tu bien, Elroy —y la voz dejó de oírse. El «clic» del auricular al ser colgado, puso fin a la conversación.

El detective salió tragando saliva. Jadeaba y ahora no era a consecuencias de golpes ni de cansancio.

Miró alrededor. Se fijó de pasada en el taxi, al que no dio importancia. Volvió los ojos a su coche. A la maleta concretamente. Parecía temer que alguien pudiera darse cuenta de que llevaba a un

hombre allí dentro. Un hombre al que le habían encargado hacerlo desaparecer.

Media hora más tarde, Elroy ya había urdido su plan. Estaba en el aeropuerto. Fue directamente a la consigna automática y depositó las monedas necesarias en uno de los departamentos para obtener la llave. Luego se dirigió a uno de los teléfonos.

Llamó al hotel donde se hospedaba Donald y al recibir respuesta, disimulando ligeramente la voz, dijo:

—Soy Donald Corban —dijo el número de la habitación y añadió —: Tengo que irme. Estoy en el aeropuerto. ¿Puede decirme a cuánto asciende mi cuenta?

—Un momento, señor —le advirtieron.

Elroy se impacientó. Tenía a Donald encerrado en la maleta. Llevaba allí más de media hora. Temía que pudiera volver en sí y llamar la atención de algún modo.

Y no se equivocaba. Donald empezaba a removerse. El golpe había sido de una fuerza tremenda y le dolía. Estaba aún aturdido, sin saber dónde se encontraba, porque no tenía noción de la realidad.

Elroy recibió la respuesta.

—Ciento ochenta dólares, es el importe de su cuenta.

—Bien. Voy a mandarle a alguien con ese dinero en efectivo y el suficiente para que puedan enviar a una persona al aeropuerto con mi equipaje. ¡Ah! En el sobre incluiré la llave de la consigna automática para que dejen mis cosas en ella. Así evitaré tener que esperar. ¿Hay algún inconveniente?

—Ninguno, señor Corban.

—¿Cuánto van a tardar...? Más o menos.

—Ahora hay mucho tráfico. Unos cuarenta minutos por lo menos.

—Está bien. En cuanto reciban el dinero, dense prisa.

En el aparcamiento del aeropuerto, el conductor del taxi se había aproximado al auto del detective. Lo examinó desde fuera y quedó pensativo. Todo aquello le resultaba bastante extraño.

El conductor era un hombre joven, que tenía las mandíbulas cuadradas de tanto mascar goma. Alto y bastante fornido, era de esa clase de tipos intuitivos y obstinados y no hubiera podido decir exactamente por qué en aquel asunto se le había metido la mosca

detrás de la oreja.

Decidió esperar mientras rumiaba, arqueando las cejas y entornando los ojos.

El detective estaba en el mostrador de una de las oficinas bancarias cambiando un cheque.

—Doscientos dólares —pidió.

Le exigieron algunos documentos y tomaron unas notas para responder que era correcto, tras las oportunas comprobaciones.

—¿Billetes pequeños?

—No. Puede dárme los de cien.

Tomó un sobre del mismo Banco, depositó en ellos los doscientos dólares, más otros veinte que sacó del bolsillo, y junto con la llave, los encerró en el sobre.

En la maleta de su coche, Donald continuaba removiéndose. Ignoraba aún el lugar donde se hallaba. Todo estaba confuso en su mente y sólo notaba aquel profundo dolor en la cabeza.

El detective hablaba con la oficina de mensajeros.

—Necesito que lleven este sobre. Es urgente.

Pagó el importe del servicio y cuando le preguntaron si había respuesta, negó.

Se sintió más tranquilo al terminar con los trámites preliminares y se dirigió de nuevo hacia el coche.

Escuchó un momento junto a la maleta, mirando alrededor. Todo parecía normal. Se metió en el coche y se alejó en dirección al trébol, para tomar la Bayshore Freeway, en dirección norte.

El taxi le seguía a alguna distancia. A pocos kilómetros, cerca del cruce del área industrial en la zona de San Bruno, observó a través del retrovisor. Aquel taxi empezaba a serle familiar. Tenía que tener cuidado y quiso saber si eran figuraciones suyas o efectivamente el coche de servicio público iba realmente tras él. Aceleró para salir de dudas.

El conductor del taxi avanzó también con mayor rapidez. El detective comprendió que le estaban siguiendo y ahogó una maldición.

En la maleta, Donald comenzaba a comprender la realidad. El traqueteo del coche, a pesar de los buenos amortiguadores, el olor a gasolina... Sí, supo que estaba en la maleta de un automóvil y trató de abrirla, pero naturalmente estaba cerrada.

El detective había lanzado el vehículo a gran velocidad, intentando despegarse del tenaz conductor del taxi.

La autopista bordeaba el mar por ambos lados, por el puente de más de tres kilómetros de longitud, hasta alcanzar el desvío de Candlestick Park. Había tomado una considerable ventaja.

Ahora, Elroy doblaba la Jamestown Avenue, para rodear el estadio de Caseball y enfilarse por la ruta que bordeaba de nuevo el mar.

Se metió en el parque para despistar a su seguidor y salió por Jamestown otra vez, para volver a la Bayshore Freeway y continuar a gran velocidad.

Observó a través del retrovisor y sonrió al comprobar que había esquivado al taxista.

Prosiguió la ruta por el interior para meterse de nuevo hacia su derecha, nuevamente en la zona marítima.

Buscó un descampado. Abundaban los viejos almacenes de chatarra, las zonas completamente deshabitadas, más abajo de Central Basin.

Al fin detuvo el coche, miró alrededor y se aproximó a la maleta.

Donald estaba plenamente consciente. Zarandeado y doliente por los golpes, deseaba salir de allí, pero intuía el peligro que le aguardaba.

El detective había tomado un pequeño revólver que guardaba en la guantera. Abrió la maleta y encañonó a Donald.

Su prisionero fingió estar inconsciente todavía, pero Elroy no se fió. Le zarandea un poco. Donald continuó inmóvil.

Era la hora del Crepúsculo, pero la claridad era todavía suficiente para poder ver a distancia. El detective volvió a mirar en torno suyo. Luego guardó el arma, confiado, y sacó a Donald del portaequipajes.

Lo dejó en el suelo y buscó algo. Se fijó en unas piedras. Las necesitaba. Y unas cuerdas también. Quería poner lastre en el cuerpo de Donald para arrojarlo a la bahía.

Donald, con el rabillo del ojo, pudo ver la maniobra de Elroy y creyó comprender lo que estaba intentando.

Trató de reunir todas sus fuerzas para un ataque a la desesperada. Se sentía débil y debía confiarlo todo en el factor

sorpresa, para poder salir airoso.

Elroy regresaba con una gruesa piedra, que dejó junto a él.

«Es el momento», pensó Donald.

Hizo un rápido movimiento y sujetó las piernas de Elroy, tirando con fuerza para derribarlo.

El detective cayó hacia atrás, pero enseguida buscó el revólver en su bolsillo.

Donald se lanzó sobre él para arrebatarse el arma. Logró desviarle el brazo en el momento en que Elroy disparaba.

Se incorporaron, los dos, forcejeando, pero Donald tropezó con la piedra y cayó hacia atrás.

El detective tenía todas las ventajas en su poder. Donald comprendió que no vacilaría en disparar. Dio una vuelta sobre sí mismo y se puso en pie.

—¡Quieto! —gritó Elroy. Iba a disparar.

La única salida posible para Donald era el mar. Estaba allí, a pocos metros. Corrió, lanzándose al suelo cuando escuchó el disparo, silbando sobre su cabeza. Afortunadamente para él, Elroy había fallado.

Un segundo disparo podía ser más certero, pensó, y sin dudar, se lanzó en plancha hacia el agua.

Otra bala silbó muy cerca de su cuerpo, pero Donald se había sumergido ya en la bahía.

Buceaba, sintiendo que el frescor del agua le despejaba la cabeza, a la vez que le producía escalofríos.

El detective, desde la orilla, continuaba disparando hacia el agua.

Donald comprendía lo difícil de su situación. Sabía que el otro deseaba matarle, para que no pudiera hablar.

Pero ¿hablar de qué? ¿Quién iba a creer toda su historia?

Bueno. Por si acaso, le convenía escabullirse, aguantar bajo el agua y por eso se esforzaba en resistir, aunque comenzaba a necesitar aire.

Ascendió cerca de la pared del malecón y al asomar, vio al detective buscándole, revólver en mano. Acumuló aire en sus pulmones y se sumergió de nuevo.

Nadando por debajo del agua, Donald se alejó de la zona. Elroy parecía presentir su ruta y le seguía. Vio moverse el agua, formar

un remolino y disparó hasta vaciar el cargador.

Las balas pasaron cerca de Donald, que volvió junto a la pared del malecón, deseando expulsar el aire de sus pulmones y aspirar una bocanada de repuesto. Pero no podía salir.

El detective volvió hacia el coche para poner un nuevo cargador en la pequeña pistola.

El crepúsculo había dado paso a la oscuridad. La zona desprovista de luz, carecía de vigilancia alguna. Nadie pasaba por aquel lugar, y Elroy seguía allí, buscando entre las sucias aguas, intentando descubrir a Donald.

Transcurrió algún tiempo. Minutos; cinco, diez... Era imposible que alguien pudiera permanecer tanto tiempo debajo del agua.

El detective pareció darse por satisfecho y decidió alejarse del lugar.

Donald apenas había podido mantener la nariz fuera del agua, gracias a que la corrosión había desgastado una parte del malecón y se había formado un hueco. El agua no llegaba hasta el tope y aquello había permitido a Donald librarse de una muerte cierta. Porque ahora estaba convencido de que habían querido matarle.

Jadeante salió a la superficie y quedó sentado en el suelo. Sentía que el frío se le calaba en los huesos. La cabeza le dolía menos, pero todo su cuerpo estaba maltrecho.

Consultó su reloj. Eran las siete y quince minutos de la tarde. No conocía en absoluto aquel lugar y además, estaba completamente oscuro.

Decidió ponerse en pie y alejarse hacia una zona iluminada, orientarse y volver al hotel.

Apenas había dado unos pasos, cuando observó los faros del coche que asomaban a unos cincuenta metros por el descampado.

Ya no se fiaba de nada y empezó a correr para prevenirse de cualquier peligro.

El auto avanzó más deprisa y describió una curva. Los focos le iluminaban perfectamente.

Donald observó el viejo edificio en ruinas y lo eligió para esconderse.

El auto se detuvo muy cerca y el conductor, sin apagar los faros, descendió rápidamente.

Donald, pegado a una pared, aguantó la respiración y escuchó

las pisadas del hombre que se aproximaba.

Habituados sus ojos a la oscuridad, intentó buscar un sitio mejor y comenzó a correr entre los cascotes, restos de piedras y ladrillo y hierros retorcidos.

Hizo ruido, con lo que su seguidor pudo orientarse.

Al fin alcanzó un corredor y se metió en una habitación carente de ventanas.

Los pasos se dirigían hacia donde se encontraba. Un hombre de aspecto fuerte iba decidido en su busca.

Donald aguardó. Lo sentía cerca. Muy cerca.

Tanteó la pared con las manos, para aproximarse a la puerta.

«No voy a dejarme sorprender», pensó.

Sus manos dieron con algo metálico. Era un trozo de hierro largo y pesado. Lo asió.

Su seguidor estaba a punto de asomar. Donald enarboló su improvisada arma.

El hombre apareció por la abertura. Donald iba a descargar el hierro.

—¡Eh! —gritó el otro.

Un resquicio de luz dio en el rostro del hombre.

¡Era el conductor del taxi!

El tipo alto y atlético se apartó bruscamente para esquivar el golpe que Donald iba a atizarle, pero al reconocerle, cesó en su acción.

—¡Usted!

—¡Brrr! —gruñó el conductor—. Le he estado buscando toda la tarde. ¡Maldita sea! Seguí al coche de ese tipo.

—Viene usted como llovido del cielo, amigo —repuso Donald, lanzando un suspiro de alivio.

—¿A que estaba usted en el coche? —inquirió el taxista.

—En el portaequipajes. Intentaron matarme.

—¡Maldita sea! Lo pensé de pronto. Ojalá se me hubiese ocurrido antes. En el aeropuerto.

—¿En el aeropuerto? —inquirió Donald, que ignoraba dónde había estado.

—Sí. Se lo explicaré todo... Ese tipo trató de darme esquinazo. Pero yo soy muy tenaz. Bueno, me alegro de que esté bien, pero está usted empapado... Vamos al coche. Tengo una manta. Tiene

usted que secarse, si no quiere coger una pulmonía.

La salvación completa había llegado a Donald en forma de conductor de taxi. Bendijo la presencia de aquel hombre.

CAPÍTULO VII

—No puede volver al hotel así —había dicho el chófer, y le ofreció su casa.

Vivía en un modesto apartamento en el barrio chino. Había mucho desorden en la casa, que necesitaba una buena mano femenina. Allí todo estaba amontonado, pero había calefacción y el taxista sabía preparar bien el café.

—No puedo dejarle mi ropa. Le quedaría un poco grande. Intentaré secar su traje.

Lo había puesto sobre el radiador de la calefacción, mientras Donald se hallaba envuelto en la manta.

—Tengo que ir de todos modos. Mis cosas están en el hotel. Ese tipo sabe dónde vivo, pero supongo que ahora cree que he muerto.

Donald ya conocía la ruta que había hecho desde que Elroy le sacó de su casa y le metió en la maleta del coche. Pensaba en todo aquello y en los motivos que habían podido tener para quitarle de en medio.

—Debe ser algo muy importante —dijo, como si hablara consigo mismo, mientras tocaba su ropa para comprobar que aún seguía húmeda.

—¿Qué dice? —inquirió el chófer.

—Esa chica... Todo empezó con ella. ¿Quién diablos es?

—¡Oiga! ¿De qué chica habla?

—Es una historia demasiado increíble.

—¿Piensa acudir a la policía?

—No... No tengo ninguna prueba de nada.

—Bueno, a mí no me gustan los «polis», pero puedo servirle de testigo.

—¿Testigo de qué? ¿Vio acaso cómo ese tipo disparó sobre mí?

—No, claro, pero..., no se arrojó usted al agua vestido para tomar un baño, ¿eh?

—No, claro. Pero esto es algo que debo averiguar por mí mismo. Necesito algún dato en que basarme. Elroy debe tener algo en sus ficheros. Dijo que le habían encargado vigilar a esa chica, pero sólo ha sido preciso que yo quisiera averiguar algo de ella, para que intentaran matarme a mí.

—No entiendo nada, amigo.

—Ya se lo contaré en otro momento. Tengo que irme.

—Espere. Si quiere sus cosas, yo puedo ir a buscárselas al hotel.

Donald dudó. Pensó que quizá fuera mejor hacer lo que le decía el taxista y accedió:

—Quédese aquí. Está en su casa. No es un palacio, pero por el tiempo que estoy en ella, me sirve. No suelo recibir a muchos amigos.

Se marchó después de que Donald le diera las señas de su hotel y el número de su habitación.

Elroy había vuelto a su despacho. Todo seguía igual. Los muebles tirados, el desorden de la lucha. Tomó un buen *whisky* y llamó por teléfono. Habló con la misma voz de cuando pidió instrucciones en la cabina callejera.

Tras explicar todo, el del otro lado del hilo, preguntó:

—¿Seguro que ha muerto?

—Seguro —afirmó.

—¿Y el equipaje?

—En la consigna automática del aeropuerto.

—Hay que hacerlo desaparecer también.

—Ya lo he pensado, pero hay tiempo.

—¿Algún problema?

—No —repuso Elroy—. Bueno, me seguía un taxi. Pero lo he burlado.

—¿Un taxi? ¿Quién iba en él?

—No sé.

—¡Imbécil! Debiste averiguarlo.

—Escucha, Mark. Llevaba a ese tipo en la maleta, con el encargo de quitarlo de en medio, ¿no?

—¡Maldita sea! Sólo me traes problemas. No sé en qué estaría pensando cuando te confié el encargo.

—No ha pasado nada, Mark. He despistado al taxi. Ya te lo he

dicho.

—¿Vio alguien al de Arizona en tu despacho?

—No. Es decir... Bueno, el guarda, pero se puede uno fiar de él.

—¡El guarda!

—Es de confianza.

—¿Y vio cómo lo cargabas en el portaequipajes?

—No, no. Le dije que iba a devolverle a su hotel. No hará preguntas.

El otro no pareció muy convencido. Elroy al cabo de un silencio añadió:

—Bueno, ése ha sido un trabajo especial. Espero que caiga algo más.

—Hablaré con el jefe, descuida —y el llamado Mark, colgó.

El taxista regresó del hotel, y enseguida explicó a Donald que su equipaje ya no estaba. El conserje le informó con pelos y señales de lo ocurrido.

Y concluyó, añadiendo:

—Me preguntó si pensaba poner alguna denuncia y le dije que esto era cosa suya. Bueno, en realidad no he sido demasiado explícito.

—Ha hecho bien. Por cierto, aún no me ha dicho su nombre.

—¡Oh! Steve... Puede llamarme así.

—Le debo un montón de dinero, Steve.

—¡Alto ahí! Nadie me pidió que siguiera a aquel coche.

—Pero se ha pasado toda la tarde trabajando para mí, y ayudándome.

—Yo, los favores no los cobro, amigo.

Había sacado un montón de dinero, húmedo del bolsillo de su pantalón, pero Steve negó con la cabeza.

—No quisiera ofenderle.

—Pues si me da un solo níquel, va a conseguirlo. Ya me pagará un trago, cuando haya aclarado sus asuntos.

—Bien. Voy a vestirme.

—¿Necesita de mis servicios?

—Si no va a cobrarme, Steve...

—¡Oh! Esta vez sí. Si usted necesita taxi, tiene que pagarlo, y prefiero que lo haga a mí y no a otro.

Donald se vistió rápidamente. Todavía la ropa no se había

secado por completo, pero no le molestaba.

El café cargado le había dejado en buenas condiciones.

La dirección que pensaba tomar era obvia. Otra vez a casa del detective.

Ya de camino, Steve, con su sonrisa bonachona, murmuró:

—No escarmienta, ¿eh?

—Pues no. Yo también soy tenaz, como usted.

—Oiga... No nos vamos a meter en ningún lío, ¿verdad?

—Espero que no.

—Bien. Estamos llegando. ¿Quiere que entre en la calle?

—Mejor que se quede en la esquina. Si como me ha contado, ese tipo vio su coche, mejor que vuelva a verlo ahora.

Steve se detuvo cerca de la esquina, junto a un callejón. Donald bajó y avanzó hacia la calle. En aquel instante, un automóvil salía a gran velocidad. Era un coche negro, que tomó la curva a ochenta kilómetros por hora. Los frenos chirriaron. Steve, desde el auto, masculló:

—¡Vaya imbécil! Luego se quejan de que hay accidentes.

Donald continuó su marcha hasta llegar al garaje. Entró por él y al llegar al final de la rampa, buscó el automóvil del detective. Estaba allí. Aquello no le agradó. Hubiese preferido encontrar solo el despacho. Quería mirar los ficheros. Buscar por su cuenta algo que pudiera arrojar una luz en aquel asunto.

Tomó el ascensor y subió hasta la segunda planta.

El corredor estaba sumido en la penumbra. Había la claridad suficiente para poder andar sin tropezarse con nada. Caminó hacia el despacho del detective.

Miró a través del cristal biselado y observó que todo estaba a oscuras.

Pensó que tal vez Elroy dejaba el coche en el garaje para evitar cruzar el centro en las horas de mayor tráfico, como suelen ser las de apertura de las oficinas.

Aguardó unos instantes. El silencio era absoluto.

En la calle un luminoso iluminaba el despacho del detective de modo intermitente.

Mirando a través de la cerradura, Donald pudo observar la habitación que seguía igual de desordenada.

Sacó un cortaplumas del bolsillo para forzar la cerradura, pero

al apoyar la mano en el pomo observó que la puerta cedía. Estaba abierta.

La empujó y penetró en el interior, cerrando seguidamente. Avanzó, alumbrado por la luz intermitente del luminoso que se filtraba por la ventana del despacho.

Aparte del desorden de los muebles, encontró algunos papeles esparcidos por el suelo. Entonces se fijó en el archivador. Tenía los cajones abiertos. Avanzó para echar una ojeada y vio las fichas desordenadas, esparcidas por todas partes, revueltas.

¡Alguien había estado allí antes que él!

Miró en torno suyo. Vio luz bajo el resquicio de la puerta del lavabo y avanzó con precaución. Abrió despacho.

No había nadie.

Volvió al fichero y empezó a buscar. La letra J.

Johnes.

Emma Johnes.

No tenía muchas esperanzas. Una sensación extraña, como de no hallarse solo le invadía.

Fue casual que sus ojos se desviasen hacia la puerta trasera de la mesa de despacho.

El intermitente iluminó la parte del suelo.

Los ojos de Donald se agrandaron.

La luz había reflejado al momento un rostro ensangrentado.

De nuevo se hizo la oscuridad.

Donald contuvo la respiración y aguardó a que la luz fugaz del luminoso volviera a reflejarse en aquel rostro.

¡Era el detective!

Estaba muerto.

Tenía los ojos abiertos, muy abiertos y fijos en el techo, pero eran ojos que no veían. Los ojos de un cadáver.

Se aproximó. Le habían disparado casi a quemarropa. La bala le perforó la frente.

Había un revólver en el suelo. El mismo con el que el detective había intentado asustarle en aquel mismo despacho cuando fue por primera vez.

Los pensamientos de Donald quedaron en suspenso al oír la sirena de un coche de la policía.

Una nueva sirena más próxima anunció la llegada de otro

automóvil oficial.

¡Se dirigían hacia allí!

Si le atrapaban en aquel lugar...

Todo aquel asunto resultaba demasiado confuso para poder dar explicaciones. Prefirió salir de allí y no tener que explicar lo inexplicable.

Escapó hacia el ascensor, sembrando sus huellas por todas partes.

Bajó hasta el sótano cuando la policía se había detenido frente al edificio.

Un guarda surgió de alguna parte y asomó hacia la rampa al ver a los policías.

Donald buscó una salida adicional. Vio un letrero al fondo, sobre una puerta y corrió hacia allí.

El guarda, al oír ruido, se volvió.

—¡Eh! ¡Usted! —gritó.

Pero Donald ya estaba en la puerta. El guarda corrió hacia él y sólo pudo verle de espaldas, muy fugazmente, porque Donald ya había abierto y subía rápidamente los escalones que conducían al callejón. Entonces, supo que estaba muy cerca de donde el chófer había detenido el taxi.

Lo alcanzó a toda prisa. Steve había Salido al oír las sirenas y oteaba la calle. Donald le apareció por detrás.

—¡Larguémonos, pronto!

—¡Eh! ¿De dónde sale? ¿Qué diablos ha pasado? La policía...

—¡De prisa, Steve...!

Steve no se hizo repetir la orden. Dio la vuelta a la calle y se alejó rápidamente de allí.

CAPÍTULO VIII

Estaban de nuevo en el desordenado apartamento de Steve.

Donald había explicado a grandes rasgos la historia, empezando por Emma hasta terminar con el asesinato del detective.

Steve se rascó la cabeza, después de engullir un *whisky* y ofrecer otro a su invitado.

—Tome. Usted también lo necesita. ¡Hum...! Luego dicen que estas cosas sólo pasan en las películas.

Y tras un silencio añadió:

—Ha hecho bien en largarse. Pero, oiga, ¿no le habrá liquidado usted, eh?

—Puede estar seguro de que no, Steve.

—Ya, ya... Pero... ¿Todo esto qué explicación cree que puede tener?

—No lo sé.

—¿No tiene ningún amigo en San Francisco?

—Estaba pensando en el único que tengo. Bueno, ahora ya tengo dos. Usted también.

—Sí, claro. Pero yo me refería a alguien que pudiera ayudarle de veras...

—Sí. Y tendrá que llevarme allí. Le ha caído un buen cliente, Steve.

—¡Bah! Por eso no se preocupe. La vida sería muy monótona si no ocurriesen cosas. Esto ayuda a sacudirse la rutina. ¿No le parece?

Donald no contestó.

Pensaba. En realidad no había dejado de hacerlo desde que perdió la pista de Emma Johnes, o más concretamente, desde que tuvo la seguridad de que le habían robado la cartera con la única idea de desposeerle del resguardo de las fotografías.

—Steve, puede que necesite de usted un día de éstos —murmuró

Donald, al salir de la casa.

—Ya sabe dónde vivo. Y también tengo teléfono. Llame antes. Hasta las diez, estoy en casa, y por las noches. Pero si es urgente, puede llamar a la compañía. Tenemos teléfono.

—No lo he oído, y no será porque no haya hecho uso de su coche.

—Bueno, cuando tengo clientela, lo cierro. Si no contesto, ya saben que estoy ocupado.

—¿Y no debe devolver el coche?

—No es imprescindible que lo haga. En realidad se trata de una compañía pequeña. El presidente es amigo mío. ¿Suenan bien eso de presidente, eh? Bueno, es el dueño. Yo tengo una pequeña participación. Uno tiene que espabilarse si quiere tener algunos ahorros. Soy de los que piensan que trabajando, uno no llega a hacerse jamás rico de verdad; pero no tengo grandes ambiciones.

Estaban de nuevo en el coche, camino de la casa de John Hammers, cuando de pronto, Steve recordó algo.

—Oiga. ¿Recuerda aquel coche que salió a todo gas de la esquina?

—Sí. ¿Se refiere a cuando entré en la calle de ese detective, eh?

—Al mismo. Esa gente tenía prisa. Puede que se lo cargaran los que iban en el coche. Eran dos. Les vi un momento.

—Sí. No está mal pensado, pero..., es sólo una hipótesis.

—Si le sirve el número de la matrícula; HUD 3929. Creo que corresponde a la numeración de San Mateo. He visto algunos con el mismo indicativo por aquel sector. Tengo buena memoria.

—Seguramente, si los hombres que iban en ese coche tenían algo que ver con el crimen, aquél ni sería su coche.

—¿Robado, eh?

—Probablemente.

—Bueno... Pero si tiene medios de averiguar a quién pertenece, no se pierde nada. Digo yo.

—Sería muy difícil.

Apenas volvieron a hablar durante el viaje. A las diez en punto estaban frente a la casa de John Hammers.

—Su amigo debe tener mucha categoría —sonrió Steve, al dejarle.

—Bastante. ¿Puedo pagar ahora el importe de la carrera?

Sin esperar respuesta le largó unos cuantos billetes.

—¡Eh! Se olvida mis señas —gritó Steve, y le tendió una tarjeta.

Poco después, Donald llamaba desde el timbre exterior, al apartamento del abogado John Hammers.

El abogado había escuchado en silencio el relato de su amigo, que concluyó diciendo:

—Siento molestarte otra vez, John, pero necesito tu consejo.

—Mi consejo ya te lo di antes. Ahora tendrás suerte si nadie facilita tu descripción a la policía.

—John, no soy culpable de nada.

—Sí. Es un caso extraño. De veras, pero compréndelo, Donald. Tengo trabajo. Ya te hablé del caso que tengo entre manos.

Estaban en el despacho de Hammers. La mesa estaba llena de informes, de notas.

Hammers añadió:

—Esto es como un rompecabezas, ¿sabes? De todo esto tiene que salir la verdad. Las declaraciones de los testigos que desfilaron ante el gran jurado... Sé que alguien miente. Lo estoy comprobando con los datos de la investigación. Es un caso confuso, pero mi cliente es inocente.

—¿De qué le acusan?

—Asesinato. Pero en el fondo, es más que un crimen. Se trata de un individuo a quien pueden condenar a cadena perpetua gracias a que no existe la pena de muerte.

Donald se encogió de hombros. En aquellos momentos no pensaba en los problemas ajenos.

—Mira, Donald, quédate aquí si quieres. Mañana tengo que informar en la vista de la causa. Depende de cómo vayan las cosas; tendré tiempo y hablaremos de tu asunto. Ahora no salgas, hazme el favor.

Donald se levantó de la butaca y avanzó, mirando distraídamente el bien pertrechado despacho. Libros, alguna figura de adorno de calidad. Un par de cuadros de firma, el mueble que contenía el archivo...

Una mesa de centro con dos butacas en un rincón, un diván. Otra mesa auxiliar, en la que había algunos objetos. Los examinó. Aquello no era un adorno. Se trataba de una especie de abrecartas en forma de puñal, en cuyo mango estaba grabada una serpiente.

Al lado del abrecartas, un pisapapeles que representaba la torre de Pisa de Italia y un fragmento de porcelana de la parte de la cabeza de un buda.

—¡Cuidado con esto! —advirtió el abogado, al ver a su amigo curiosear.

—¡Oh, perdona!

—Todavía no sé qué importancia puede tener, ¿sabes? Pero quizá se conviertan en pruebas durante el juicio.

—¿Eso?

El abogado avanzó hacia Donald. Necesitaba un descanso, quizá hablar del asunto que tenía entre manos, para relajar su cerebro.

—Al hombre al que voy a defender le acusan de haber asesinado al propietario de un almacén, cerca de Laguna Honda. Se supone que el móvil fue el dinero. El muerto solía guardar en su casa importantes sumas y mi cliente tenía alguna relación con él.

Hammers hizo una pausa y añadió:

—El asesinato se produjo con un chisme de éstos —y mostró el abrecartas.

—Como ves —prosiguió—, tiene la longitud suficiente para atravesar el corazón de una persona.

—Es un chisme extraño.

—Se fabrica para la exportación. Como esos pisapapeles que se mandan a Pisa para venderlos a los turistas como recuerdo.

—Tiene gracia. ¿Y eso? —Donald había señalado el pedazo de cabeza de Buda.

—Forma parte del lote. Es una porcelana de mucho valor. Mi cliente entiende de esas cosas. Trata con objetos de arte, pero tiene un defecto. Juega. Caballos, póquer... Esto le ha arruinado casi, tiene deudas, y el robo como móvil, le ha sentado como anillo al dedo. Pero yo creo que es inocente.

—Bueno, supongo que un abogado tiene la obligación de creer en la inocencia de su cliente.

—En efecto, pero en este caso, conozco personalmente a mi defendido.

—Ya —todo aquello no le importaba lo más mínimo, pero seguía escuchándole.

El abogado, más que un comentario parecía hablar consigo mismo:

—Mi cliente asegura que cuando llegó a casa de ese comerciante ya lo encontró muerto. Dice que vio salir a alguien huyendo, pero que no pudo identificarle. Trató de seguirlo en su coche, pero le perdió.

—¿Y cómo dieron con él? —inquirió Donald, siguiendo el hilo.

—Una denuncia anónima. Pero él piensa que le denunció un conocido, un competidor llamado Lowerly. Es un tipo de vida poco clara. En cuanto empiezas a investigar acerca de personas que aparecen como respetables, te encuentras con sorpresas.

—¿Y la policía?

—Para la policía todo está muy claro. Motivo del asesinato, el robo.

—¿Pero le encontraron el dinero a tu cliente?

—Ahí está. Se lo encontraron. Pero él negaba tenerlo.

—¿Crees que le tendieron una trampa?

—Sí. Es posible. Vamos... Es seguro, pero resulta difícil probarlo.

—¿Y esto? —Donald señaló los objetos.

—El abrecartas es idéntico al que utilizaron para asesinar al comerciante, pero lo curioso del caso es que como te he dicho, esta mercancía no se vende en los Estados Unidos. De la fábrica, va directamente a los muelles. Igual que los pisapapeles. Eso no quiere decir que los que los fabrican puedan quedarse alguno para su uso particular.

—¿Y cómo es que lo tenía tu cliente? —preguntó Donald, interesado por el asunto poco a poco y olvidándose casi de su particular caso.

—Ahí está la cuestión. Cuando la policía registró en casa con la correspondiente orden judicial, no hallaron ninguno de esos objetos.

—¿Cómo los consiguió tu hombre?

—Le dejaron en libertad bajo fianza. Yo pagué la fianza y le pedí que no hiciera nada, pero mi cliente no es hombre que le guste estarse cruzado de brazos y comenzó a husmear alrededor de Lowerly. Seguramente alguien pensó que podría descubrir algo poco conveniente y le salieron al paso un par de sujetos, le golpearon y despertó en una habitación desconocida y en una casa desconocida, y allí trató de huir. Consiguió forzar la puerta y dice que pasó a un pequeño despacho de ambiente sórdido. Algo que le recordaba un

almacén o cosa parecida. Allí encontró el pisapapeles y el abrecartas y se los guardó.

El abogado hizo una pausa y prosiguió:

—Iba a salir y sin darse cuenta derribó esa porcelana de alguna parte. Como te he dicho, es hombre entendido y enseguida se dio cuenta de que se trataba de algo muy valioso. Quizá hubiese llegado a descubrir más cosas, pero el ruido de la porcelana al caer atrajo a sus guardianes, que volvieron a reducirle y a encerrarle. Por fortuna no le registraron y cuando volvió a despertar, se encontró en un descampado cerca del mar y con todo el cuerpo machacado por los golpes que le dieron.

—O sea, que no supo dónde estuvo.

—No. Y ni siquiera pudo descubrir a los hombres que le atacaron. En ambos casos le atacaron tan deprisa que no tuvo tiempo de ver sus rostros.

—Un caso bastante inverosímil. Tiene ciertos puntos de contacto con lo mío. ¿No crees?

—Quizá. Pero ahí hay unas pruebas. El sacó esto de alguna parte.

—¿Y no podía tenerlas en su poder aunque la policía no las hubiese encontrado?

—Eso es propio de que lo diga el fiscal. De ahí mi trabajo en enfocar el asunto.

—Oye... Y la fábrica donde hacen esos chismes... Quizá a tu cliente le metieron allí.

—Claro. Eso ya se me ha ocurrido, pero ésas son dos fábricas distintas y ambas están en Chicago. Aunque estuvo inconsciente, no tuvieron tiempo de hacer un viaje de casi cuatro mil kilómetros. Sólo lo tuvieron secuestrado unas horas. Seguramente para decidir qué hacían con él. Recuerda que una voz dijo algo así como: «Soltadle lejos de aquí». No está muy seguro porque estaba medio inconsciente.

—Bueno, ¿y por qué crees que hay algo turbio detrás de esto? ¿Qué esperas encontrar?

—Quién sabe... Pero una cosa es segura: mi cliente es inocente. Pero necesitaría averiguar qué hay detrás de Lowerly y demostrar que fue él quien le delató. Si pudiera hacerlo, la cosa quedaría bastante clara, porque, ¿cómo podía saber Lowerly lo de la muerte

del comerciante si vive al otro lado de la ciudad y el crimen todavía no se había descubierto? En fin... No sé por qué te cuento esto. Quizá necesite pensar y a veces hablando lo consigo. Es mi oficio, hablar y tratar de convencer al jurado de lo que yo ya me he convencido.

—Bueno. Por mí puedes seguir hablando Me gustaría verte actuar en la corte de justicia.

—¡Hum! La audiencia es pública.

—Bien, entonces intentaré encontrar un asiento de primera fila.

—Yo de ti me iría a Arizona. ¿No te han ocurrido ya bastantes cosas?

—Y estoy intrigado por ellas.

—Lo comprendo. Bueno, intentaré trabajar. ¿Quieres echarte? Tengo habitaciones de sobra. Ven, te enseñaré el camino.

—No, déjame. Aquí tienes un magnífico sofá Yo también necesito pensar. Ahora no podría dormir.

—Como quieras. Estás en tu casa.

Hammers volvió a su silla. Donald se tumbó en el sofá después de quitarse la chaqueta. Dejó el cenicero al suelo y encendió un pitillo.

El silencio en la estancia era absoluto, roto sólo por la respiración de los dos hombres.

Cada uno pensaba en lo suyo. Donald se estaba repitiendo sin cesar:

«Si al menos supiera quién pagó al detective para vigilar a Emma Johnes».

Luego añadió para sus adentros:

«Probablemente la persona que le mató y desparramó su fichero le interesaba hacer desaparecer su nombre. ¿Será el mismo que pagó al detective para seguir a Emma?».

Pero ¿quién?

CAPÍTULO IX

Donald se despertó en el sofá cuando la luz del nuevo día se introducía en el despacho de Hammers.

Había una atmósfera de humo. Ambos habían estado despiertos hasta muy tarde. Donald no recordaba haber visto salir a su amigo del despacho, lo que indicaba que se durmió primero.

Consultó su reloj y comprobó que eran las ocho. Se puso en pie de un salto y trató de encontrar a su amigo. No tuvo que buscar mucho. John Hammers, con un traje nuevo y listo para salir a la calle entró con los periódicos del día y la expresión contrariada.

—Te has metido en un buen lío. Mira esto... Te han sacado un retrato robot.

En la página de sucesos se daba cuenta del asesinato del detective privado Robert Elroy y la declaración del guarda hablaba de lo acaecido aquella tarde. Lo que el policía privado no decía era que Elroy había sacado a Donald inconsciente de su despacho, pero describía la pelea, y como era buen fisionomista pudo describir también el físico del hombre que había discutido con el muerto. Y el hombre, naturalmente, era Donald, aunque el guarda ignoraba su nombre.

—¡Tipejo entrometido! —masculló Donald.

—Lo peor no es eso, Donald. El portero estaba ojeando ese retrato y es muy buen fisionomista. Hay que admitir que te parece bastante.

Sí, en efecto, el retrato robot era muy estimable. El parecido con Donald no tendría dudas para un experto.

—Yo tengo que irme. Es mejor que no te muevas para nada. Luego hablaremos.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Ah! Debe ser Stella.

—¿Y qué hago?

—Menos molestarla en su trabajo, haz lo que te plazca. No te preocupes, aunque haya leído el periódico es una mujer discreta. No te hará preguntas.

—Bueno, márchate tranquilo —sonrió Donald.

—Hasta la vista.

—Suerte —deseó el de Arizona.

Poco después escuchó las voces de su amigo y de la secretaria en el vestíbulo, aunque no oyó lo que decían.

Stella entró un par de minutos más tarde y saludó a Donald.

—Creí que se había marchado.

—Yo no se lo aseguré —sonrió él.

—Bien. Ya me ha dicho el señor Hammers que se quedaría usted hasta que él regresara.

—Así es.

Ella se quitó el abrigo y pasó a la otra habitación, que era donde trabajaba.

—Discúlpeme —se excusó.

—Ya me advirtieron que no la estorbara. Tiene un jefe que es un ogro. ¿Cómo lo resiste?

Por toda respuesta, ella sonrió.

—¿Puedo pasar al menos a su despacho para no estar solo?

—Claro que puede —repuso Stella.

En seguida se puso a trabajar. Donald la observó en silencio. La miraba a menudo, luego asomaba la cabeza al ventanal y volvía a mirarla.

—¿Quiere leer algo?

—No. Ahora no me apetece.

Stella continuó dándole a la máquina de escribir. En esos momentos pasaba unas cartas que Hammers le había dictado en la grabadora.

Donald deambuló de un lado a otro, aburrido. Se encontraba enjaulado y no le gustaba. Lo único grato de estar allí era la presencia física de Stella, pero tampoco podía hablar con ella.

Volvió a la ventana. Ella observó su impaciencia.

El tiempo discurría lento. Al fin tomó un libro y comenzó a leer, pero no lograba concentrarse.

Deseaba salir y hacer algo.

Tomó de nuevo el periódico y releyó la declaración del guarda.

«Había oído algún ruido; cuando entré, vi la habitación patas arriba. Comprendí que había habido lucha y luego me lo demostró el rostro del señor Elroy».

Más abajo, contestando otras preguntas, el guarda añadía:

«No. Que yo sepa, el señor Elroy no volvió a tener ninguna otra visita.

»No. Nunca había visto a aquel sujeto, pero llevaba un arma...

»Sí. Me fijé en ella cuando el señor Elroy se la quitó del bolsillo. Era un “Colt” del 38. Automático me pareció».

Donald soltó el periódico. Si se demostraba que habían matado al detective con aquel revólver, el lío para él sería de los gordos.

¿Qué clase de desgracia le perseguía?

Las horas seguían pasando lentas. Eran sólo las diez. Entonces llamaron.

Stella fue a abrir y Donald escuchó la voz del portero. Se aproximó al oír algo que creyó le atañía a él.

—Perdone, señorita... Es un tipo que dice que quiere ver a un amigo del señor Hammers. Dice que está aquí.

Yo le he dicho que no había nadie, pero él aseguró que lo había llevado anoche. Es un chófer de taxi.

Donald salió. No podía contenerse.

—Perdone, Stella, quisiera recibir a ese hombre. Es un conocido mío.

El portero midió con la mirada a Donald. Le miró con marcada insistencia, luego forzó una sonrisa y volvióse hacia Stella, esperando que fuese ella quien dijera la última palabra.

—Déjele subir, Sam.

—Como usted ordene, señorita. Buenos días, señor Corban —añadió, demostrando que no se le había olvidado su nombre.

Stella cerró la puerta y Donald murmuró:

—Está bien guardada la casa.

—Sam conoce su obligación.

—¿No tienen un intercomunicador? Si cada vez tiene que subir para informar a los vecinos...

—Sí, hay un intercomunicador. Quizá no funcione. A veces se ha averiado.

Donald no estaba muy seguro, pero la llegada de Steve cortó sus pensamientos. Stella se excusó dejándoles solos.

—Si me necesita, ya lo sabe —dijo a Donald.

—Gracias. —Luego, mirando al recién llegado, comentó—: ¿Ha venido porque ha leído el periódico?

—¿El periódico? No... No he tenido tiempo.

—Pues yo se lo enseñaré para que no tenga ninguna sorpresa.

—Escuche, Donald. He estado en San Mateo. ¿Recuerda que le dije que aquella matrícula del coche que vimos anoche pertenecía a San Mateo?

—Sí.

—Bien. Tenía una corazonada. Además, mi amigo, el de la compañía de los cacharros esos, me dijo que fuera a recoger un cliente. La verdad es que tuve suerte.

—¿Dio con el coche?

—No sólo di con él, sino que le seguí hasta los alrededores de Burlingame. Iban dos tipos en el auto. No puedo asegurar si eran los de anoche, pero algo me da en la nariz que sí lo eran. Bueno, pensé que tal vez podría interesarle.

—Está bien, siga.

—Bueno, pues como le he dicho, se detuvieron en una de esas casas que sólo se ven en el cine. —Lanzó un silbido—. ¡Vaya choza, amigo!

—¿Cree de verdad que eran esos tipos?

—Aguarde un momento, no he terminado. Agárrese ahora que viene lo bueno. Yo me quedé por ahí haciéndome el tonto. Había tomado la precaución de dejar el coche en lugar poco visible. Y aquellos tipos volvieron a salir. La casa es de esas que tienen un parque inmenso y un camino particular. Yo no pude ver hasta dónde llegaban con el coche, pero como acabo de decirle, les vi salir otra vez. El auto era el mismo, de eso sí estoy seguro. ¡Pero habían cambiado la matrícula!

—¿Qué?

—¿Interesante, eh? Ya no era HUD 3929, sino placa de Arizona.

—¿Arizona?

—Sí, amigo. ¿Qué le parece? Cuando alguien cambia la

matrícula de su coche en un momento, es porque tiene la conciencia poco tranquila. ¡Digo yo!

Donald quedó pensativo. Aquello podía ser muy significativo y tener relación directa con el asesinato del detective.

El chófer aprovechó para echar un vistazo a la casa y lanzó un silbido.

—¡Oiga! Esto tampoco está mal, ¿eh? Por fuera ya se ve que es una casa de postín, pero por dentro...

Donald le cortó:

—Lléveme allí, Steve. Quiero ver esa casa.

Todo menos permanecer inmóvil entre aquellas paredes lujosas, sí, pero que ya le estaban cargando.

—Estaba deseando que me lo pidiera —sonrió Steve.

—¡Un momento! ¿Tiene por casualidad unas gafas oscuras?

—¿Para el sol? Sí. Tengo unas... En el coche.

—Bien. ¿No le importará prestármelas, verdad? Baje y espéreme.

—A sus órdenes.

—En seguida estaré con usted.

Y rápidamente, Donald pasó al interior y por poco atropella a Stella, que estaba cerca de la puerta.

En aquel momento no pensó que ella pudiera haber estado escuchando. Se disculpó y dijo:

—Dígale a John que estoy en Burlingame, cerca de San Mateo. ¡Ah! Voy a tomarle un traje prestado. Éste está hecho una calamidad.

No dio tiempo a que la muchacha contestara. Pasó a la parte de los dormitorios y poco después estaba ante el bien surtido guardarropa de su amigo. Eligió un traje gris discreto. Le caía bastante bien. Escogió una gabardina liviana y salió a escape.

—Oiga, Stella, hágame un favor. Lléveme mi ropa al tinte. Es que no tengo nada más que ponerme. Y perdone las molestias.

Salió con la velocidad del rayo. Stella quedó inmóvil, pensativa.

Donald cruzó por delante del portero, que no dejó de mirarle mientras corría hacia el taxi, al que vio partir a buena velocidad.

—A propósito, tengo que recuperar mis maletas. Luego iremos al aeropuerto. ¿Le dijeron dónde dejó la llave el que llevó allí el equipaje?

—Sí. En el bar que está frente a la puerta C.

—Bien. Vamos aprisa.

Steve aceleró para ir en busca de la Baysore Freeway. Era la línea más directa y rápida para llegar a Burlingame, al sur del aeropuerto. Tenían que pasar frente a él.

—Si quiere podemos pasar en un momento —dijo Steve, refiriéndose a la recogida del equipaje.

—Me parece muy bien —asintió Donald.

El taxi de Steve volaba materialmente sobre el asfalto de la autopista, pero sabía dominarlo perfectamente. Donald pensó que no hubiese podido encontrar mejor conductor.

Llegaron al aeropuerto. Steve esperó en el coche mientras Donald avanzaba hacia la puerta C. El bar estaba al fondo.

Se dirigió a uno de los barman. Llevaba puestas las gafas oscuras.

—Ayer dejaron una llave para mí. Es de la consigna automática. Tengo dentro mi equipaje. Lo trajeron del hotel.

—Aguarde un momento. Debieron dejarlas a algún compañero.

Donald miró alrededor. Nadie se fijaba en él. Había bastante gente siempre. Era normal.

El del bar regresó:

—Debieron entregarlas a alguno de los compañeros que hacen el turno de tarde. Aquí nadie sabe nada de llaves. ¿Está seguro que es en este bar?

—Puerta C.

El barman se encogió de hombros.

—Se trata de mi equipaje, ¿comprende? Lo trajo alguien del hotel. Mi nombre es Donald Corban.

—Lo siento, señor. Ya le he dicho que aquí nadie sabe nada.

Donald observó que los otros *barmen* le miraban y decidió no insistir.

—«Puerta C —pensó, alejándose—. Debe de estar en las consignas de ese lado».

Atravesó el vestíbulo dirigiéndose hacia el departamento de consignas. Alguien estaba sacando una maleta, otros las depositaban. Era el tráfico normal de los que llegaban, de los que partían.

Los ojos de Donald se detuvieron ante un individuo que acababa de sacar una maleta marrón. ¡Era la suya!

El hombre salió rápidamente del departamento de consignas. Otro le estaba esperando cerca de la puerta.

Donald pensó que podían existir muchas maletas iguales, pero resultaba casual que aquélla hubiera salido de allí precisamente. Luego estaba la prisa de los dos hombres.

Corrió tras ellos y les vio subirse a un coche matrícula de Arizona.

Recordó lo del cambio de matrícula que le había dicho Steve y se lanzó hacia el taxi en el momento en que los dos sujetos emprendían la marcha.

—¡Steve, síguelos! —exclamó.

Por el camino ya le indicó las características del automóvil.

—¡Seguro que son ellos! —casi gritó Steve, que parecía entusiasmarse con la aventura.

Se lanzó por la autopista de Bayshore pisando a fondo el acelerador.

—No me cabe duda de que es mi maleta —advirtió Donald.

—¿Lleva algo importante dentro?

—Únicamente mis cosas personales.

—Entonces, ¿qué interés tienen en ella?

—No lo sé... A menos que... ¡Claro! Deben suponer que he muerto. Quieren hacerla desaparecer.

Steve se encogió de hombros. Seguramente le habría gustado que se tratara de un asunto de drogas o cualquier otro tráfico ilegal.

—Tuercen a la izquierda. Hacia el mar —exclamó Donald.

—Ya me he dado cuenta. No se nos escaparán. Y cuente conmigo si hay jaleo —se ofreció el taxista.

Siguieron por las calles de una zona industrial hacia los descampados cercanos al mar.

Steve tomaba las curvas como un profesional de las carreras.

Los otros se habían dado cuenta de la persecución porque aceleraron la marcha.

Poco después se metieron por un callejón ya en plena zona marítima.

—¡Cuidado! —advirtió Donald.

—No se preocupe. No escaparán —sonrió Steve, que parecía hallarse en su elemento.

Los otros se habían detenido, dando la vuelta al coche para salir

al encuentro de sus perseguidores.

—¡Ahora! —gritó uno de los individuos.

Lanzaron el coche matrícula de Arizona contra el taxi en el momento en que éste tomaba la curva.

—¡Cuidado! —gritó Donald.

Steve, con extraordinarios reflejos, maniobró para esquivar de lleno el choque.

El otro automóvil les alcanzó de refilón, abollando la trasera del taxi.

Steve viró rápidamente para ser él quien embistiera. Los otros tardaron unos segundos más en poder maniobrar, con lo que el taxista llevó ventaja y alcanzó de costado el otro coche, cuyo conductor aceleró muy cerca del borde del malecón.

El taxista siguió adelante y el otro puso marcha atrás para esquivar, pero no consiguió calcular bien la distancia y las ruedas traseras perdieron la estabilidad. Cuando el conductor quiso rectificar ya era demasiado tarde. El auto matrícula de Arizona cayó al agua y comenzó a hundirse lentamente.

Donald salió rápidamente del taxi, seguido de Steve.

El taxista preguntó con la mirada: «¿Qué hacemos?».

La respuesta llegó con la sirena de un coche de la policía.

A Steve no tuvieron que decirle lo que tenía que hacer:

—¡Vamos! —dijo, corriendo hacia el coche.

Consideraba una estupidez tener que dar explicaciones.

—Lo siento por su maleta, pero ya nada podemos hacer.

—Vamos a esa casa de Burlingame —repuso Donald.

Bajo el agua, uno de los dos ocupantes del coche estaba nadando para salir a la superficie. Era el único que había conseguido salir. Cuando asomó y vio que se aproximaba el coche de la policía, procuró escabullirse lo más rápidamente posible.

Diez minutos más tarde, el taxi de Steve llegaba a los alrededores de la soberbia villa de Burlingame.

CAPÍTULO X

La casa, sin ser muy elevada, estaba emplazada en el inicio de la colina, desde donde ofrecía una panorámica formidable sobre el mar.

Hacia el sur, el puente de peaje de San Mateo, la zona deportiva, el balneario, el barrio residencial... Todo ello visto desde el inmenso parque que rodeaba la casa.

—El detective Elroy me dijo que quien le había ordenado espiar a Emma era un tipo encopetado. Claro que pudo haberme engañado, pero el que vive aquí no es un don Nadie —murmuró Donald, antes de cruzar la propiedad que estaba contemplando. Luego, inquirió—: ¿Está seguro que es aquí?

—Completamente. Vi entrar el coche y salir con matrícula distinta. El mismo que ahora está en el fondo de la bahía. ¿Qué piensa hacer?

—Voy a probar fortuna.

—¿Y yo?

—Espere por ahí.

—¿Lleva armas?

—No. Nunca.

—Bueno. Tenga cuidado. Cuando uno trata con esa clase de gente, la mayoría de las veces lleva las de perder.

—Tranquilo, Steve. Sólo quiero echar un vistazo.

Y siguió a pie hacia la entrada del fabuloso recinto.

Se había fijado bien en el nombre de la entrada: Loregarth.

Tardó más de cinco minutos en llegar hasta el edificio rodeado del más cuidadoso jardín. Había especies que indudablemente fueron importadas para plantarlas allí.

Pudo ver a un lado la enorme piscina privada, una alfombra de bien cuidado césped, y algunos jardineros entregados al cuidado de los diferentes parterres.

Be una terraza en el mismo jardín arrancaba una escalera que descendía hacia la parte inferior.

Un hombre apareció llevando a un par de perros de raza. Dos fieros e inquietos ejemplares.

—¡Eh, amigo! ¿Busca a alguien? —le gritó el sujeto de los perros.

—Sí. Al señor Loregarth.

—Un momento. —El sujeto de los perros se aproximó, murmurando a los animales—: Quietos, quietos.

Donald miró a los canes. Eran de los que imponían respeto.

—¿A cuál de los Loregarth? —preguntó el hombre, cuando estuvo cerca de Donald.

—Pues... No sé... No conozco a ninguno, pero tenemos amigos comunes.

El tipo examinó con recelo a Donald.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó al fin.

—Mi nombre importa poco, porque no me conocen.

—En ese caso, veo difícil que le reciban.

—¿Cuántos Loregarth hay en la casa?

—Padre e hijo.

—Apuesto a que la casa es del padre.

—Oiga, amigo —terció el otro, deseoso de cortar—, si me dice a qué ha venido, veré qué puedo hacer por usted.

—Usted no tiene que hacer nada. Anúncieme al padre, ¿eh?

—Así de fácil, ¿eh? ¿Cree que aquí se recibe a todo el mundo?

—Bueno. Yo no soy todo el mundo. Me llamo Donald Corban y quiero hablarle de cierta muchacha... llamada Emma Johnes.

El de los perros no hizo ningún comentario. El nombre no pareció impresionarle.

Donald añadió:

—Y de un detective llamado Elroy. Lo asesinaron anoche.

—Aguarde aquí —dijo él de los perros, por toda respuesta.

Dejó a los canes en libertad, recomendándoles que estuvieran quietos. Donald vio en el par de animales a dos guardianes de cuidado y se sintió más inmovilizado con su presencia que si le hubiesen puesto unas esposas.

El hombre entró por una puerta secundaria y tardó bastante en volver aparecer.

Entretanto, el tipo que había conseguido salir del coche matrícula de California que había caído al agua, empapado todavía, llamaba desde una cabina pública en un lugar solitario.

—Mark... Soy yo, Fulmer... Ha ocurrido algo...

Y el tipo explicó al llamado Mark lo que le había sucedido a él y a su compañero.

Mark escuchó desde una especie de despacho de características sórdidas, un lugar sin ventanas y escasa luz.

Mark era un sujeto alto, extremadamente delgado y por ello parecía de estatura más elevada de lo que era en realidad. Vestía un traje negro de seda y bajo la chaqueta lucía un jersey negro también, de cuello de cisne.

El tipo de los perros salió por la misma puerta que había entrado, y dirigiéndose a Donald, le anunció:

—Puede pasar. El mayordomo le acompañará.

Comenzó a andar mirando a los canes, que hicieron intención de seguirle.

—No se preocupe. Si viene con buenas intenciones no le ocurrirá nada —le dijo el hombre, haciéndose cargo de los perros otra vez.

Donald llegó hasta la puerta secundaria. Un estirado mayordomo que vestía traje oscuro de calle y no tenía un solo pelo en la cabeza le estaba esperando.

A Donald aquello se le antojó un poco teatral y fuera de lugar. Pero tampoco podía juzgar, porque aunque vivía bien, no estaba muy bregado en aquellos ambientes que superaban en mucho su posición.

—Por aquí —dijo simplemente el hombre del cráneo rasurado.

A través del corredor que conducía a las habitaciones y dependencias del servicio llegó a una sala grande con paredes de mármol y cuadros y objetos de valor. Procuró fijarse bien en ello. Como arquitecto y decorador, aquello era algo que le interesaba. Ahogó un silbido de admiración, mientras a través de otra sala llegó ante la puerta de doble hoja de madera noble donde el mayordomo le indicó que aguardara.

Donad, mientras esperaba, seguía mirando. Cada detalle de aquella sala costaba una fortuna. El tal Loregarth debía ser un tipo archimillonario, pensó.

El mayordomo salió para anunciarle que ya podía entrar.

Donald pasó a un despacho-biblioteca que, como comparación, tenía unas cuatro veces las dimensiones del apartamento del taxista Steve.

Al fondo, sentado en un confortable butacón, cerca del encendido hogar, había un hombre que vestía un batín corto de seda y un pantalón claro de raya impecable y unos zapatos de charol que parecían recién estrenados.

El porte de aquel hombre era la estampa de lo que el vulgo, guiado por las apariencias, catalogaría de «todo un caballero».

—¿En qué puedo servirle, señor Corban?

—¿Es usted el señor Loregarth? —preguntó Donald, a su vez.

—En efecto. Ha hablado usted a uno de mis guardas de cierta señorita y de no sé qué detective. Por supuesto, no conozco a esas personas, pero no me gusta despedir a la gente sin haberla conocido antes. Si usted está aquí es porque alguien le habrá indicado mi nombre y quiero saber quién ha sido y qué es lo que busca exactamente usted. ¿Quiere que le sirvan algo? Tome asiento, por favor.

Loregarth era hombre que hablaba sin prisas. Matizaba bien las palabras. Era buen orador y mostraba una absoluta seguridad en sí mismo. Parecía dinámico, resuelto y acostumbrado a llevar la voz cantante y la iniciativa de las cosas.

—No, no me apetece nada, gracias —repuso Donald, aceptando sentarse.

—Bien. Explíquese claramente y sea breve.

Donald empezó disculpándose. Le pareció un intruso en aquel santuario tranquilo y bien ordenado.

Su circunstancial anfitrión aceptó las excusas y esperó a que Donald entrara en materia. La impaciencia del dueño de la casa se manifestaba en su forma de mirar.

Donald había tratado con gente parecida, hombres de negocios, con escaso tiempo que perder en nimiedades, personas que siempre van a lo suyo y que miran a cualquiera como meros instrumentos subordinados a su propio *ego*.

Los había simpáticos aun dentro de su actitud endiosada, otros, en cambio, le resultaban intratables. No sabía dónde catalogar al hombre que tenía enfrente.

—Verá, señor. Conocí a cierta muchacha, la señorita Johnes y

desapareció.

—¿Y qué le ha hecho suponer que esa señorita estaba aquí?

—¡Oh, no! Verá... La historia es un poco confusa y ya veo que usted tiene poco tiempo. Se trata del detective Robert Elroy. Lo asesinaron ayer. Los periódicos traen la noticia.

—Sólo leo las noticias importantes —atajó Loregarth—. Y sigo sin ver la relación.

—La relación es fácil. El detective seguía a esa señorita por orden de alguien.

—Mía no, por supuesto —repuso el dueño de la casa.

—Es extraño. Porque yo hablé con el señor Elroy una vez y... —aquí Donald lanzó un tiro al azar mintiendo deliberadamente ante la expectativa de captar la reacción de su oponente— él me habló de usted. Bueno, mencionó un tal señor Loregarth. Si me he equivocado, excúseme usted.

—Por supuesto se ha equivocado —repuso Loregarth, poniéndose en pie.

En aquellos instantes y en el campo de tenis del parque de la misma villa, Mark, el individuo vestido de negro, se aproximaba a un hombre de unos treinta años que estaba practicando con otro individuo.

El joven, al ver a Mark, dejó de realizar el saque para ir a su encuentro.

—¿Ocurre algo? —inquirió.

El del traje negro murmuró:

—Ha llamado Fulmer. Hay problemas.

Y a continuación, en voz baja, le explicó lo que el tal Fulmer le había dicho.

En el despacho-biblioteca, Donald murmuró:

—Bien. Lamento haberle molestado, señor Loregarth. Sólo trataba de localizar a esa muchacha, pero por lo visto se la ha tragado la tierra.

—Si tiene usted algún problema serio le aconsejo que acuda a la policía.

—Bueno. No tengo motivos para pensar que a la chica le haya sucedido nada malo..., de momento. Claro que puede que siga su consejo, señor Loregarth.

El dueño de la casa había asido ya un aterciopelado cordón y el

mayordomo entró para recibir la orden de acompañar a Donald hasta la salida.

En aquellos instantes, Mark y el hombre que había estado jugando al tenis, se dirigían hacia la casa.

El de la vestimenta negra decía:

—Donald Corban está aquí.

—¿Por qué diablos no me lo dijiste antes?

—Quería hablar con tu padre —añadió Mark.

—¿Con mi padre? —inquirió el hombre, pensativo.

Donald cruzaba en aquellos momentos en dirección al sendero de salida.

—Debe ser ése —dijo Mark.

La puerta principal de la casa se abrió y apareció la figura venerable de Loregarth.

—¡Richard! ¡Ven! ¡Tenemos que hablar!

Richard Loregarth, el hombre vestido para el tenis, apretó los puños viendo cómo Donald doblaba ya el recodo del sendero hacia la salida.

—¡Vamos, Richard! —gritó de nuevo el dueño de la casa.

—Sí, padre —repuso el llamado.

Mark le miró fijamente como esperando instrucciones. Richard, el hijo del millonario, se limitó a murmurar:

—Luego te veré.

CAPÍTULO XI

Las primeras ediciones de los periódicos de la tarde daban nuevas noticias del crimen de la noche anterior.

Se remarcaba la posibilidad de que el asesino fuera el hombre cuyo retrato robot había salido ya en los periódicos de la mañana. El arma homicida, según los expertos del laboratorio, había sido un «Colt» 38, automático.

El móvil, según las primeras impresiones, podía tratarse de la destrucción de pruebas que el detective poseía. Por ejemplo, la ficha o fichas de alguien que tuviera negocios poco limpios.

Donald se enteró de ello mientras comía en un local de las afueras en compañía de Steve, al que ya consideraba como un buen amigo, y ambos habían empezado a tutearse.

—¿Irás a ver a tu amigo el abogado? Bueno, él puede ofrecerte mejor alojamiento que el mío.

—Iré a despedirme. El no puede ayudarme ahora. Está con un asunto importante.

—¿Piensas volver a Arizona?

—Tal vez. No sé... No me gusta dejar las cosas a medias. Alguien está tratando de ocultar alguna cosa que debe ser muy importante. Esa muchacha —continuó como si expresara en Voz alta lo que estaba pensando—. Esa muchacha..., Emma Johnes... y las fotos desaparecidas.

—Bueno, disculpa —interrumpió brevemente Steve—. Ya vuelvo. Ya me entiendes.

Se marchó hacia los lavabos.

—Emma Johnes —se repetía Donald.

Iba a encender un cigarrillo, pero su paquete estaba vacío. Había una máquina al fondo. Fue hacia allí. Entonces la vio.

¡Era ella!

¡Emma!

Su imagen la había visto a través de un espejo del local. Se volvió.

Emma había dado la vuelta para salir al exterior.

—¡Emma! —la llamó.

La muchacha estaba fuera del alcance de su vista.

Donald salió como una centella y miró hacia el lado del surtidor de gasolina contiguo al restaurante. Un coche estaba saliendo en aquellos instantes. Un descapotable blanco y lo conducía una mujer.

Incluso vista de espalda, Donald podía asegurar que se trataba de Emma.

Estaba demasiado lejos para llamarla y su coche se alejaba a gran velocidad.

No podía perder el tiempo esperando que Steve saliese de los lavabos, por lo que no tuvo otra opción de correr hacia el taxi que, afortunadamente tenía puestas las llaves de contacto.

Arrancó inmediatamente para correr en pos de Emma.

Al fin, y de la forma más casual, había vuelto a dar con ella, y no estaba dispuesto a que se le escapara. Pisó a fondo. Ella se alejaba por momentos. Su coche deportivo podía ir a mucha mayor velocidad.

Donald intentó sacar el máximo partido posible del taxi, por lo menos debía intentar por todos los medios no perder de vista a la muchacha.

Iba a velocidad muy superior a la permitida y el descapotable estaba como a medio kilómetro de distancia.

De pronto lo vio desaparecer por el primer desvío a la derecha. Era un sendero todavía por urbanizar que cortaba camino hacia la zona de la costa.

La persecución se prolongó durante un cuarto de hora. Y casi sin darse cuenta, Donald se encontró en la ruta paralela a Bayshore Freeway.

Emma se metió por un desvío secundario cuando un camión avanzaba en dirección opuesta muy metido a la izquierda. Donald tuvo que efectuar un brusco movimiento y se salió a la cuneta. Aquello le hizo perder algún tiempo antes de poder reanudar la persecución.

Siguió las huellas del descapotable, pero ya no estaba a la vista.

Continuó por el desvío para volver al bulevar en línea recta

hacia la autopista.

Las huellas dejadas por las ruedas indicaban que su perseguida había seguido aquella dirección y Donald continuó.

Al alcanzar la autopista, le pareció ver el descapotable mucho más adelantado. Casi un kilómetro de distancia. Y esquivó como pudo el tráfico para no perder del todo el contacto.

Algo más tarde, Donald dobló por el sendero que conducía a un lugar no apto para supersticiosos. El cementerio.

Sí. Allí estaba el descapotable, a la entrada de los senderos que discurrían entre las tumbas.

Donald buscó alrededor. El cementerio parecía desierto y sólo se percibía ese olor característico en las necrópolis de todo el mundo.

Se adentró mirando hacía todas partes. Por fin la vio. Estaba al pie de una tumba, inclinada, depositando unas flores.

Donald avanzó lentamente. Ella seguía de espaldas, abstraída, como si meditara acerca de aquella persona que estaba bajo la losa sepulcral.

Donald aceleró la marcha. Le faltaban una treintena de metros para llegar y pensaba en los motivos que había podido tener aquella muchacha para haberle mentido en tantas cosas. Era ya como una obsesión cuyo misterio estaba a punto de poder desvelar.

Diez metros únicamente la separaban.

Iba a llamarla, pero respetó su silencio y esperó a estar junto a ella.

Casi pegado a su espalda, susurró:

—Hola.

Entonces la muchacha se volvió de repente, asustada, con un natural sobresalto.

—¿Qué quiere? —inquirió.

—¿Eh?

La sorpresa fue mutua, porque Donald también la tuvo. Más que sorpresa, fue una decepción porque aquella chica ¡no era Emma!

—Me ha venido siguiendo. Me di cuenta —murmuró ella—. ¿Por qué? ¿Qué quiere de mí?

—Disculpeme... Es usted muy parecida a... cierta persona. La vi de lejos y me confundí.

Se la quedó mirando. Era rubia como la otra, de su misma talla y estatura, con unas hechuras casi idénticas. Sólo el rostro era

distinto. Y los ojos y la tristeza de su mirada.

—Disculpe —volvió a decir Donald, y se alejó.

Donald pasó por casa de Steve y no estaba, y decidió ir a ver a John Hammers.

«Si ha informado por la tarde ya estará de vuelta», pensó.

Eran más de las cinco. El día había pasado volando yendo de un lado para otro, pero aquella extraña aventura aún no había terminado.

Apenas llegar a casa de su amigo, Donald vio un coche de la policía y un par de agentes cerca de la entrada.

Dudó unos instantes, pero al fin prefirió pasar de largo.

Llamó más tarde desde una cabina pública.

—Sí —repuso la voz del abogado—. La policía acaba de marcharse. Ha habido una denuncia. Te vieron aquí.

—¿Y qué les dijiste? —preguntó el de Arizona.

—Que había estado aquí un amigo mío. Me mostraron la foto robot y tuve que admitir que tenías un gran parecido. Nada más. Ya se han ido.

—Bien. Las cosas se complican.

—Escucha, ven a verme esta noche. Hablaremos. No quiero líos. ¿Entiendes? Ya veré lo que puedo hacer por ti. Eres un cabezota. Si me hubieses hecho caso...

Era ya de noche. El portero había dejado el servicio y no existía peligro de que nadie le viese. Donald entró, tras pagar el importe de la carrera al chófer del taxi que le condujo.

Después, en casa de su amigo, logró al fin establecer comunicación con Steve.

—Toma nota de dónde he dejado el coche. Tendrás que disculparme, pero tenía que seguir a alguien.

Cuando todo quedó aclarado, se volvió hacia su amigo. Stella, su secretaria, seguía aún trabajando.

—Deje esto, Stella. Son ya las nueve.

—Todavía no he terminado —repuso ella.

—Estoy abusando de usted —repuso John.

—No es ninguna molestia.

—Bueno, termine. Después la acompañaré a su casa. Y ahora hablemos de tu asunto, Donald. Aún a pesar mío, creo que será

mejor que lo expongamos al teniente. Ya sabes, a mi amigo. Puedo llamarle por teléfono. Con el cariz que han tomado las cosas será mucho mejor. No temas, es una persona muy considerada, y si yo le digo que puede fiarse de ti, te tratará bien.

—¡Oh, no! Eso supondría un considerable retraso y tengo que regresar esta misma semana. Además, a mis jefes no les gustaría que mi nombre se viese mezclado en un feo asunto.

—No puedes huir ahora. Te convertirías en un fugitivo.

—No digas tonterías. Cada día se cometen docenas de crímenes que quedan impunes. Y yo no he cometido ninguno. Cuando esté en Arizona nadie se acordará de mí. Pero no pienso irme aún. Creo que por más que lo intentara jamás podría quitarme de la cabeza todo lo que está pasando.

—Entonces, ¿qué te propones hacer?

—Si pudiera confiar en alguien...

—¿Es que no confías en mí?

—Se trata de los Loregarth. Allí sucede algo raro.

—¿Te refieres Jacob Loregarth, de Burlingame?

—¿Le conoces? —preguntó Donald a su amigo.

—Es persona muy conocida. Personalmente no he tenido tratos con él. Pero ¿qué has querido decir con esto de que allí sucede algo raro?

Donald le contó brevemente lo del cambio de matrícula del coche, que había presenciado el taxista, y su gestión posterior.

—Loregarth... Loregarth... ¡Hum! —el abogado pareció recapacitar.

—John, aquí hay algo gordo. Créeme. No han hecho desaparecer a esa muchacha porque sí. Y lo de los coches... ¿Y por qué intentaron matarme?

El timbre del teléfono interrumpió a Donald. Lo tomó John Hammers para preguntar quién era.

En seguida apartó el auricular de la oreja para preguntar a Donald:

—¿Has dicho a alguien que estás aquí?

—No. Sólo Steve lo sabe. El taxista.

—Es una mujer. Pregunta por ti.

—¿Una mujer? —Y Donald tomó el teléfono.

Desde el otro lado del hilo surgió una voz que Donald recordaba

perfectamente.

Y la voz, con acento angustiado, dijo:

—Donald, por favor... Ayúdame... Quieren matarme.

—¡Emma! —gritó Donald.

Sí. Era ella.

—No puedo hablar. Estoy en Burlingame...

—¿En Burlingame? ¿En casa de Loregarth? ¡Emma! ¡Contesta!

Pero sólo pudo escuchar el chasquido del teléfono al ser colocado en el soporte.

Donald intentó establecer comunicación, pero fue inútil.

—¡Era ella, John! ¡Era ella! Y ahora estoy seguro que está en esa casa.

CAPÍTULO XII

—¡No, Donald, no! —repitió John Hammers—. No puedes ir a esa casa a estas horas. Hazme caso. Voy a llamar al teniente.

—Todavía no, John. Tú eres abogado y estás acostumbrado a tratar con esa gente. La policía metiendo las narices puede estropearlo todo. ¿No lo comprendes? Alguien debió obligar a esta muchacha a desaparecer. Deben tener algún motivo muy poderoso para que yo no la identifique; por eso me robaron las fotos. Una denuncia no serviría de nada. Oficialmente, la chica no existe. Pero está en peligro. Si no quieres prestarme el coche, no importa. Ya tengo a quien me lleve.

Y Donald ya no quiso perder más tiempo.

Salió y tuvo que recorrer algunas calles hasta encontrar un taxi. Se hizo conducir a casa de su amigo Steve.

Hammers, al quedar a solas con su secretaria, murmuró:

—Quizá tenga razón.

Stella le miró fijamente sin hacer comentarios. John Hammers añadió:

—Creo que debí haberle prestado mayor atención. —Luego rezongó—: Donald siempre ha sido vehemente e intuitivo, un poco alocado, pero esta vez... ¡Hum! Si no hubiese sido por ese dichoso asunto que llevo entre manos... Bueno, iré a echar un vistazo. Aguarde aquí, Stella, luego la acompañaré a su casa. Es lo menos que puedo hacer.

Donald encontró a Steve en la calle. Estaba examinando el taxi.

—Bueno, tendré que tomarme unas vacaciones mientras reparan ese cacharro.

—Yo correré con los gastos, pero ahora llévame otra vez a Burlingame. Ha sucedido algo.

—¿Quién habla de gastos? Esto está asegurado a todo riesgo.

—¡Vamos, deprisa!

Steve parecía en plena forma. Voló por la autopista en dirección a Burlingame.

Llegaron en poco tiempo. El parque estaba casi a oscuras, sólo unas pequeñas luces colocadas estratégicamente permitían caminar sin tropezar.

Steve se había quedado fuera, ocultando el coche entre la vegetación anterior al recinto de la villa. Donald avanzó entre los setos hasta llegar a la vista del edificio. Estaba seguro de que la muchacha estaba allí. Que la tenían prisionera.

Buscó algún lugar para entrar y dio un rodeo al soberbio edificio. Al recorrer el perímetro comprobó que era mayor de lo que parecía a simple vista.

En uno de los laterales estaba el garaje con la puerta basculante abierta. Dentro se veían hasta cuatro coches.

Más allá, en otra edificación, existían unas cuadras y Donald percibió el olor a caballos.

La casa continuaba y había una puerta tras un tramo de escaleras descendentes.

«Una especie de subterráneo o bodega», pensó Donald.

Ya en la parte trasera observó otra entrada. Un individuo acababa de salir y se alejaba. La puerta había quedado abierta y Donald avanzó hacia ella. Se halló ante un pequeño vestíbulo. Luego había un corredor y se dijo que debía comunicar con la otra entrada que había utilizado aquella mañana.

Avanzó lentamente.

No tenía ninguna idea concreta sobre su actuación, pero esperaba encontrar algo, algún indicio. Tal vez en la biblioteca despacho donde había sido recibido por Jacob Loregarth.

La casa estaba en silencio, sólo unas luces débiles de situación le permitían andar sin tropezar.

Al llegar al extremo del corredor se abrió una puerta. Tuvo tiempo de ocultarse tras una columna saliente del corredor.

Vio al mayordomo que atravesaba el otro vestíbulo en dirección al salón. Volvió a salir Donald para continuar su búsqueda.

Antes de atravesar el salón miró en torno suyo. El silencio quedó roto por la voz de Loregarth. La reconoció.

—No, nada más. Voy a acostarme.

El mayordomo deseó las buenas noches a su patrón y regresó.

Donald se pegó materialmente a la pared para no ser visto por el servidor, que poco después pasó estirado muy cerca de él, pero sin advertir su presencia.

Desde su puesto, Donald vio languidecer las luces del otro salón y escuchó los pasos de alguien que se alejaba.

Pensó que tenía el campo libre y tras aguardar un minuto avanzó hacia la biblioteca-despacho. Ahora ya sabía el terreno que pisaba.

Abrió la puerta de la estancia. Estaba a oscuras y tanteó el terreno guiado por la escasa claridad que se filtraba por el gran ventanal.

Fue hacia allí para correr la gruesa cortina, luego encendió un fósforo para orientarse. Encontró una lámpara de pie que ya había observado aquella mañana y dio la luz.

Su meta fue la mesa escritorio situada en un ángulo de la estancia.

Abrió un par de cajones y encontró papeles sin importancia aparente. Todo estaba perfectamente ordenado.

Otro cajón con documentos. Examinó por encima algunos. No parecían tener ningún valor.

Miró en torno suyo y observó el armario. Lo abrió. La llave estaba puesta. En un departamento encontró facturas.

Si encontrara alguna del detective Elroy...

Creyó percibir unos pasos y se apresuró a cerrar la luz. Se agazapó temiendo que de un momento a otro alguien fuera a entrar.

Fueron momentos de tensión.

Luego los pasos se alejaron.

En otro despacho de la casa, Richard Loregarth hablaba con el sujeto alto y enjuto llamado Mark.

—¿Qué has podido averiguar? —preguntaba el hijo del dueño de la casa.

—Nada que no supiéramos ya. Fulmer dijo que fue un taxi el que los siguió, pero no se fijó en la matrícula.

—¿Y qué hay de Donald Corban?

—Bueno, eso sí lo sabemos. Está en casa del abogado Hammers.

—¿Hammers, eh? Esto no me gusta...

El teléfono sonó. Lo tomó Mark.

Entretanto, Donald había vuelto al armario. Tenía de nuevo la

luz encendida. Buscaba, seguía buscando.

Cuando colgó, los ojos le brillaban más de lo normal. Era el modo de expresar su excitación.

—Es el hombre que puse para que vigilara la casa de Hammers. Vio salir a Donald Corban. Fue a buscar un taxi en el barrio chino. No hay duda de que se trata del mismo. Observó que tenía una abolladura en la parte trasera.

—¿A quién pertenece ese coche?

—No es eso lo más importante, Richard. Corban está aquí.

—¿Dónde?

—En la casa. El chófer del taxi le espera fuera.

—¿Quién ha llamado y dónde está?

—Es Perry. Está en la casita, desde allí puede ver la entrada del parque.

—¡Hay que encontrar a Corban! Está resultando más peligroso de lo que pensaba. ¡Ah! Y dile a Perry que me traiga a ese chófer.

Mark tomó el teléfono para dar instrucciones al sujeto que había seguido al taxi.

El individuo estaba en un pabellón situado bajo la terraza. Desde allí, a través de un ventanal, podía dominarse perfectamente la entrada al parque y una buena parte de la carretera.

El hombre tomó las instrucciones, colgó y se aseguró que tenía una pistola dispuesta para utilizar en caso necesario.

Donald comenzaba a darse por vencido. Sus ojos recorrieron una vez más la estancia y se detuvieron nuevamente en la mesa escritorio.

Entonces se fijó en algo que quedaba medio oculto por un libro. Era una especie de plegadera, lo que se llama vulgarmente un abrecartas.

Lo tomó en sus manos y lo miró como si de pronto hubiese encontrado un tesoro.

El mango del objeto tenía labrada una especie de serpiente.

¡Era idéntico al que había visto en el despacho de su amigo Hammers!

CAPÍTULO XIII

Richard Loregarth había llamado a Fulmer y ambos recorrían la casa.

—¿Dónde diablos se habrá metido? —rezongaba Richard.

Donald había guardado la plegadera en un bolsillo interior de la chaqueta y se disponía a salir.

Le detuvieron las pisadas que se aproximaban.

Con la luz cerrada corrió hacia el ventanal y separó las cortinas para salir por aquella parte.

Al abrir los pórticos observó que la ventana tenía una reja y ahogó una maldición.

Avanzó de nuevo hacia la puerta y en la oscuridad tropezó con algo. El ruido puso en guardia a los que le buscaban. Comprendió que estaba atrapado y buscó algún lugar donde esconderse.

La débil claridad le permitió vislumbrar una pequeña puerta entre los estantes. Corrió hacia allí y la empujó. La puerta cedió.

En aquel instante, Richard y su secuaz entraban en la biblioteca.

La luz inundó la estancia y Richard observó brevemente. Iba a salir convencido de que no había nadie, pero se fijó en una de las puertas del armario. Oscilaba. No estaba cerrada.

—¡Vamos! —exclamó.

Y mientras, Donald avanzaba por lo que era el comedor de la casa. Un salón en consonancia con el resto de las habitaciones. Espacioso y elegante.

Buscó una nueva salida, presintiendo el peligro que le acechaba.

Richard y Fulmer cruzaron la biblioteca-despacho y pasaron también al comedor. Le seguían de cerca.

Donald consiguió llegar al gran vestíbulo en el momento que unas pisadas sonaban por la parte de arriba. Se escondió a un lado de la escalera, justo a un paso que conducía a dependencias interiores.

Richard asomó y desde lo alto se oyó la voz de Loregarth, padre.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Richard llevaba una pistola en la mano.

—No te preocupes, padre. Parece que ha entrado un ladrón en la casa. Pero le atraparemos.

—¿Un ladrón?

—Sí. Le han visto desde la casita. Ya te contaré.

—Avisa al servicio —repuso el hombre, descendiendo rápidamente.

—No es necesario armar tanto ruido. Vamos, vuelve a tu habitación.

—¿Desde cuándo me das órdenes? —espetó el viejo—. ¡Hasta aquí podríamos llegar!

Bajó la escalera para unirse a la búsqueda, y añadió:

—Y cuidado con ese chisme que llevas en la mano. No me gustan esas cosas.

Richard no pareció hacerle mucho caso, y cruzó en dirección al gran salón.

El viejo marchó tras ellos y Donald aprovechó para avanzar hacia la puerta principal. Trató de abrirla. Estaba cerrada. Tenía la sensación de hallarse en una ratonera.

Y entretanto...

El tipo llamado Perry había sorprendido a Steve por la espalda. Le obligó a levantar las manos y luego descargó con toda su fuerza la culata del revólver contra su nuca. Tuvo que repetir el golpe, dada la corpulencia del taxista, que al fin cayó desplomado.

Donald recorrió el corredor en busca de otra salida, pero la aparición súbita del mayordomo le detuvo.

—¡Eh! ¿Qué hace usted? —inquirió el servidor.

Donald no tenía opción, se abalanzó sobre el hombre empujándole para que le cediera el paso.

—¡Eh! ¡Un ladrón! —gritó.

Donald había alcanzado ya la puerta y conseguía salir, pero los gritos del mayordomo habían atraído ya a los demás.

El joven corría por el parque en dirección a la salida.

Los faros del coche le detuvieron y se lanzó sobre el césped. El auto tardó unos segundos en cruzar ante él. ¡Era el taxi! Y quien lo conducía no era precisamente Steve.

Vio cómo el vehículo se detenía en el momento en que salían sus perseguidores.

—¡Eh! ¿Qué hago con éste? —inquirió el recién llegado.

—Bájalo a la bodega y ven con nosotros; el otro se ha escapado —advirtió Richard.

Mark, el enjuto, surgió de alguna parte y ayudó al otro sicario a sacar a Steve del coche. Seguía inconsciente.

—Pesa una barbaridad —dijo el llamado Perry, y Donald le reconoció como el hombre que llevaba los perros.

Richard y su padre, junto con Fulmer, recorrían el parque. De pronto, el primero dijo:

—¡Los perros!

Donald se lo estaba temiendo. Y pensó que si sacaban aquel par de fieros canes tenía pocas probabilidades de salir, y menos ahora que se había quedado sin medios de locomoción.

Pensaba también en el pobre Steve, al que estaba viendo cómo lo transportaban entre los dos hombres.

«La bodega», pensó. Le interesaba saber dónde estaba esa bodega. De momento sus seguidores no estaban cerca y los perros todavía no ladraban.

Salíó de entre los arbustos y se aproximó nuevamente hacia la entrada principal de la casa.

Los que llevaban a Steve estaban en la parte lateral y se dirigían hacia la escalera que ya había visto poco antes.

—¡Per allí! —gritó alguien.

Los perros comenzaron a ladrar.

¡Le habían descubierto!

Donald sólo vio una salida. El taxi. Tenía las puertas abiertas y deseó fervientemente que nadie hubiese sacado las llaves de contacto.

Richard corrió esgrimiendo la pistola. Donald alcanzó el vehículo y sintió el silbido de una bala cerca de su cabeza.

—¡Estás loco! —gritó su padre.

Donald buscó las llaves. ¡No estaban!

Alguien había dejado sueltos a los perros.

Donald iba a salir jadeante, acorralado, cuando vio que las llaves habían caído al suelo. Se apresuró a recogerlas. Los perros estaban casi encima. Cerró la puerta. Uno de los animales se lanzó contra el

cristal.

Donald puso en marcha el motor y arrancó. Los perros le siguieron y Richard volvió a disparar.

—¡Cuidado! —gritó alguien al ver que el taxi giraba a gran velocidad.

A punto estuvo de atropellar a Fulmer, que tuvo que lanzarse al suelo, mientras Donald imprimía mayor velocidad al automóvil.

Richard disparó cuando Donald estaba a punto de alcanzar la curva.

El impacto hizo estallar una de las ruedas y el auto acusó la sacudida.

Hasta con el neumático reventado, Donald tenía que alejarse de allí. Llegó hasta la puerta.

Richard y Fulmer corrían hacia el garaje.

—¡Vamos a seguirle! —exclamó el hijo del millonario.

Donald salía en aquellos momentos del parque para enfilarse en la carretera, cuando vio el auto cruzado casi en el camino. Pisó el freno al tiempo que se hacía a un lado.

Los faros dieron de lleno en el hombre que estaba, cerca del otro coche. ¡Era Hammers!

Su salvación.

Saltó del taxi.

—¡Donald! ¿Qué ha pasado?

—¡De prisa! Vienen detrás. ¡Vamos, no hagas preguntas!

Hammers dudó.

—¡Vamos, muévete!

Y subió al coche. El mismo tomó el volante. El abogado tuvo que correr.

—¡Eh, espera!

Donald arrancó como una exhalación y buscó un hueco por donde meterse.

Había un sendero poco practicable. Era un atajo para la subida a pie a la colina.

Richard salía en aquellos momentos de la villa y frenó al ver detenido el taxi.

—¡Vamos! ¡Estará por aquí!

Aquello salvó a Donald, que pudo alejarse lo suficiente y detenerse en un punto donde ya era prácticamente imposible

continuar. Desde allí podía verse también la parte baja cercana a la casa.

—¿Quieres decirme de una vez qué ha pasado?

—Y tú, ¿por qué has venido?

—Temía que te metieras en un lío más gordo. Bueno, la verdad es que no había tomado demasiado en serio tu historia.

Por toda respuesta, Donald extrajo la plegadera de su bolsillo y se la mostró a su amigo.

—Y ahora, ¿qué dices?

—¡Cielos! Pero si es... ¿Dónde la has...? —Y adivinándolo, añadió—: En casa de Loregarth.

—Te devuelvo el coche. Yo tengo que volver allí.

—No seas loco. Ahora no puedes.

—Tengo que sacar a Steve de allí, John. El me ha ayudado mucho, sin hacerme preguntas ni tomarme por loco.

Hammers seguía mirando fijamente la plegadera.

—A lo mejor en este asunto se pueden matar dos pájaros de un tiro, ¿no? Bueno, hasta la vista.

Y salió del coche.

CAPÍTULO XIV

Saltando entre las rocas, Donald iba a meterse nuevamente en la boca del lobo para sacar a Steve de la casa.

Por su parte, Hammers se había detenido junto a una cabina pública y llamaba a su amigo el teniente de la Central.

—No me menciones para nada. Di que has recibido una denuncia anónima.

—¿Y quién dices que está en la casa? —respondió el policía.

—Es un chófer de taxi llamado Steve. Es todo lo que sé de él.

—Sin una orden de registro no puedo hacer nada, y menos en ese sitio. ¡Vaya encarguitos que me das!

—Consíguelo. Un amigo mío puede estar en peligro. Ahora no hagas más preguntas.

Donald entró de nuevo en el parque por otro sendero.

Al aproximarse a la casa escuchó a Richard hablando con Mark.

Los perros, afortunadamente, ya no estaban.

—Ha escapado y quisiera saber qué andaba buscando aquí.

—A la chica —contestó Mark.

—Pero ¿cómo diablos puede saber...?

—Intentó escapar hace poco más de una hora.

—¡Maldita sea! —rugió Richard.

Donald lo había oído. ¡La chica! Sólo podían referirse a Emma.

Loregarth padre apareció por la parte lateral.

—Bueno, olvídate del ladrón. Le han descubierto y ha huido. Voy a echar un vistazo por si echo algo de menos. Luego ven, quiero hablar contigo.

—Ahora no puedo, papá. Tengo que hacer.

—Tú siempre tienes que hacer.

Richard hizo una seña a Mark para que se alejara, luego avanzó hacia su padre.

—¿Qué quieres ahora?

—Ya lo sabes. No me gusta esa gente que tienes a tu alrededor.

—Los necesito. Son mis colaboradores. Y nos van bien para guardar la casa, ¿no te parece?

Richard hablaba de un modo cínico, mostrando la poca simpatía y menor respeto que sentía hacia su padre.

Tampoco el viejo parecía muy orgulloso.

—Te he consentido demasiadas cosas. Espero que algún día no tenga que arrepentirme.

—Una vez me dijiste que no mantenías a vagos. ¿Recuerdas qué te contesté?

Su padre guardó silencio.

—Te dije —siguió Richard— que en adelante no necesitaría para nada tu dinero, que me las apañaría solo, y hace casi un año que empecé a cumplir mi promesa. Así es que no puedes tener queja. Si vivo aquí es porque mal que te pese, la mitad de esta casa me pertenece.

—Cuando quieres, saber ser odioso.

—Sólo trato de puntualizar las cosas. Hace tiempo que tus inversiones dejaron de ser provechosas. Vives sólo de la apariencia y de las propiedades que procuras vender de forma discreta para que nadie sepa la verdad.

—¡Eso a ti no te incumbe!

—Estoy sufragando muchos gastos últimamente, padre.

—¿De dónde sacas el dinero?

—Eso no debe preocuparte. Tengo negocios.

—Yo también los tuve, pero tuve que sudar lo mío.

—¡Bah! Eso ya no se estila. Y en cuanto a sudores, desengañémonos, papá. Con el trabajo uno no se hace millonario. Y eso tú lo sabes bien, ¿no? Bueno, ahora tengo que hacer.

Mark había bajado ya al sótano y estaba frente a Steve, que comenzaba a desperezarse.

Richard le siguió y al reunirse con sus secuaces, inquirió:

—Sacadle lo que podáis. Yo voy a verla a ella.

El sótano era la prolongación de la bodega a la que se comunicaba por una puerta abierta en el espeso muro. Pero tenía también una galería amplia con una salida secreta.

Al fondo otra puerta comunicaba con una dependencia que podía calificarse de secreta. Allí se dirigió Richard.

Había una parte que era como un almacén. Allí se amontonaban cajas de embalaje llenas y vacías, fardos, etcétera. Luego, por una puerta se pasaba a un despacho. El cliente que Hammers defendía lo hubiese reconocido como el lugar de donde sacó la plegadera y el pisapapeles.

Había otra habitación. Era una especie de sala y dormitorio. Allí estaba la muchacha.

Era rubia, de estatura normal y hechuras ondulantes. Richard avanzó hacia ella, que estaba sentada en la cama escuchando la radio. Al ver a Richard la cerró.

—Quiero salir de aquí —murmuró la muchacha.

La mano de Richard descargó sobre el rostro de la muchacha un par de veces, derribándola sobre la cama.

—¡Zorra! —exclamó el hombre—. ¡Has intentado escapar!

—¡No, no! —gritó ella.

—¿No comprendes que estás aquí por tu bien?

—No volveré a hacerlo, Richard. Pero tú me dijiste que sólo estarías aquí hasta que Donald Corban se hubiese marchado.

—Pero está aquí y husmea por la casa. ¿Quién le ha avisado?

Y como ella no contestó, la golpeó una y otra vez hasta conseguir que sus mejillas enrojecieran y su nariz sangrara.

—La culpa de todo fue tuya.

—Yo hice lo que me dijisteis.

—Pero Corban no entraba en el programa. Y él te vio salir de la casa del abogado, ¿eh?

Ella guardó silencio.

—¡Golf del demonio, te siguió y le hiciste caso! Vas con el primero que encuentras.

—Eso a ti no te importaba para nada. Yo no sabía que era amigo de Hammers cuando le conocí.

—Bien. Esto ya quedó solucionado con tu desaparición, pero tuve que sobornar al portero de la calle Walesky.

—Pero si yo... yo nunca he vivido en la calle Walesky. Fuiste tú quien me indicó esas señas y quien me dijo que le dijera que trabajaba en el West Bank.

—¡Claro, porque a la muy estúpida se le ocurrió dejarse fotografiar! Si luego tu amiguito muestra las fotos al abogado pavoneándose de conquistador, Hammers que no es ningún

estúpido, hubiera empezado a sospechar.

—Nadie me vio cuando subí al piso de Hammers. Sólo el portero, pero dijiste que era de los vuestros.

—Bueno. No te desvíes de tema... Tú llamaste a Corban y le dijiste que estabas aquí.

Y la amenazó con golpearla.

—No, Richard. Déjame ya.

—Escucha, muñeca, quiero contarte una breve historia. Hace un año hubo otra Emma Johnes. Y se alojó en esa casa de la calle Walesky. Una chica lista y muy hermosa. Pero quiso abusar, ¿comprendes? Y tuvo un fatal accidente. Ahora está en el cementerio. Al principio pensé que era una casualidad que te llamaras igual que ella. Ahora pienso que quizá sea cosa del destino y que desees seguir el mismo camino.

La joven miró aterrada a Richard.

—Reflexiona —concluyó—. Si hay algo de ese Corban que yo no sepa, te conviene decirlo o... irás a hacer compañía a tu tocaya.

Donald estaba ya en la escalera que conducía al subterráneo. Avanzó lentamente hasta llegar a la primera galería. Escuchó algunas voces y guiado por ellas, supo de dónde procedían. Venían de la parte contigua.

Mark, Fulmer y Perry rodeaban a Steve, que en aquel momento se estaba incorporando, acariciándose la nuca.

—Bueno, amigo, espero que seas razonable. Merodeabas por una propiedad privada, a la que te traíste un cómplice.

Mark apoyaba sus palabras con un revólver en la mano.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? —preguntó Steve, tratando de buscar una salida.

—No te hagas el loco. Podríamos llamar a la policía, pero si dices lo que queremos saber, tal vez salgas mejor librado...

—¿Y si no lo digo?

—Pues... —mostró la pistola y añadió—: No volverás a ver la luz del día.

—¡Malditos gusanos! —exclamó Steve, y aquello le valió una patada en una pierna y un directo en el estómago que no pudo contestar, porque Mark seguía manteniéndole encañonado.

Donald había asomado. Quería actuar deprisa y no vaciló:

—¡Steve! —gritó.

Mark se revolvió, sorprendido e igual hicieron sus compinches, oportunidad que aprovechó Steve para devolver los golpes recibidos. Su primer objetivo fue desarmar a Mark y lo consiguió golpeándole el brazo y atizándole un gancho que le mandó contra Fulmer.

Donald entró en acción lanzándose contra Perry, que intentaba sacar un arma del bolsillo. Lo derribó del empujón y se levantó para volverse contra Mark, al que recibió con un directo.

Steve demostró su contundencia contra Fulmer, al que de un par de golpes, noqueó.

Perry se levantó de nuevo, tratando de sacarse el arma, pero una patada de Steve le hizo lanzar un grito que fue el que llamó la atención a Richard, que se dirigió hacia el lugar donde tenía efecto la refriega.

Donald se deshizo de Mark, que había vuelto a la carga.

—¡Cuidado! —exclamó el taxista, al adivinar la presencia de alguien que se aproximaba. Donald se lanzó en pos de la pistola de Mark y se echó al suelo. Richard disparó un par de veces y Donald lo hizo también, mientras gritaba:

—¡Cúbrete, Steve!

Richard retrocedió, al comprender que no podía hacer frente con ventaja a los intrusos.

—¡Se larga! —gritó Steve.

—Quédate aquí. De momento nos bastan esos tres —y pegado a una pared para protegerse de otro posible ataque de Richard, les ordenó que se levantaran. Fulmer y Perry estaban algo atontados.

—Vamos, amiguitos... ¿Dónde tenéis a la chica?

Ninguno de los tres contestó.

—Déjame que retuerza el pescuezo a uno —sugirió Steve.

—Ya habrá tiempo.

Y se volvió de nuevo hacia los tres:

—Os he preguntado por cierta señorita.

—¡Aquí está! —repuso entonces la voz de Richard, que se parapetaba tras ella, encañonándole la cabeza—. Y como parece muy interesado por ella, le conviene soltar ese juguete que tiene en las manos, si no quiere que yo le salte la tapa de los sesos a esta estúpida muñeca.

—¡Emma! —exclamó Donald, al reconocerla.

—¡Vamos! ¡Suelte eso! —intimidó nuevamente Richard.

Donald obedeció. Estaba convencido de que el otro cumpliría la amenaza. Soltó el revólver en el momento en que sonó el teléfono en el despacho interior del sótano.

—Tómalo, Mark —ordenó Richard.

El aludido miró con rencor a los dos hombres. Sin duda deseaba devolverles los golpes. Pero primero era el teléfono.

Mientras estuvo escuchando, que fue cuestión de unos segundos, nadie habló. Richard sonreía porque se sabía dominador de la situación, pero la risa se le heló en los labios cuando Mark regresó del despacho para anunciar:

—Es el mayordomo. La policía está arriba. Tienen una orden de registro.

—¡Puercos! Habéis sido vosotros —exclamó, dirigiéndose a Donald y a Steve. Hubiera apretado el gatillo, pero pensó en la policía—. ¡Vamos! ¡Andando, por ahí! —les ordenó.

Donald y Steve se movieron hacia el corredor. Andaban delante de los otros. Richard seguía detrás con la muchacha.

—Abre la puerta —dijo a Mark, que se adelantó al fondo del corredor para abrir la salida secreta que comunicaba con la zona montañosa.

Luego ordenó a Fulmer que cerrara las otras puertas.

—La policía no debe ver más que lo que esto es, un bodega y almacén para trastos viejos.

Se habían detenido cerca de la salida.

—¡Nos van a matar! —gritó Emma, aterrada.

—¡Calla! —gritó Richard.

Desesperada, consiguió desplazar ligeramente a Richard y echó a correr.

—¡Vuelve! —gritó él, mientras la muchacha seguía en dirección opuesta, buscando el amparo de la policía.

Richard, para impedirle la huida, disparó dos veces.

La segunda bala alcanzó la espalda de la muchacha.

Cayó.

—¡Canallas! —gritó Donald, y sin medir las consecuencias, se volvió hacia Richard. Tenía ante sí a Fulmer. Le empujó. Richard disparó y el balazo lo recibió su cómplice.

Eran demasiados disparos y la policía estaba ya entrando en el

sótano. Habían oído los tiros y Donald se lanzaba contra el brazo armado del hijo del millonario, mientras Steve se las entendía con el otro a puñetazo limpio.

—¡Quieto todo el mundo! ¡Salgan! —gritó la voz del teniente de la Brigada de Homicidios.

Mark asomó en aquel instante. No se resignó a entregarse e hizo frente a la ley, utilizando su pistola.

El teniente disparó, mientras un par de policías uniformados le cubrían, disparando también.

Cayó abatido el hombre alto y enjuto, vestido de negro.

Richard estaba dispuesto a todo menos a dejarse prender y comenzó a correr, tras haber logrado empujar a Donald, que cayó contra Steve.

—¿Quién más está ahí? —gritó el teniente.

—Intentaron matarnos —exclamó Donald.

—Bueno, salgan.

Steve había salido ya detrás de Richard, gritando:

—¡Maldito gusano! Espera que te alcance.

Richard corría monte arriba, entre las rocas. El teniente ordenó su persecución a dos de sus hombres, mientras otro ponía las esposas a Perry. Fulmer ya había muerto.

—Es Richard Loregarth —advirtió Donald, refiriéndose al fugitivo.

—¡Lo quiero vivo! —exclamó el teniente, corriendo hacia la salida secreta.

Steve casi lo había alcanzado con sus poderosas zancadas. Richard se revolvió para largarle una patada. Estaba encima de una roca. Steve se encontraba en un plano más bajo y trató de esquivar, pero ocurrió que el hijo del millonario perdió el equilibrio y se precipitó contra el suelo, a unos tres metros de altura. Hubiera podido salir con magulladuras, pero cayó en mala posición y su cabeza chocó contra el saliente de una gruesa piedra y allí quedó, con los ojos desmesuradamente abiertos y la cabeza ensangrentada. Había muerto.

Sólo quedaba Perry enmanillado y la muchacha, junto a la que se dirigió Donald. Un agente de paisano que la había atendido primero, murmuró:

—Hay que llevarla inmediatamente al hospital. Creo que está

muy mal...

El teniente regresó después de comprobar que Richard había muerto también. Su aparición coincidió con la llegada del dueño de la casa, a quien mirándole fijamente, le preguntó:

—Y ahora, señor Loregarth, ¿puede decirme qué diablos significa todo esto?

CAPÍTULO XV

Jacob Loregarth no había vuelto a despegar los labios desde la muerte de su hijo. O no sabía nada o estaba anonadado por la tragedia.

Dos días más tarde, a Emma, grave aún, se le permitió hablar. No sabía mucho, pero aunque con dificultad, pudo informar al teniente:

—Richard me contrató como secretaria en una pequeña oficina de Oakland. Yo ignoraba cuáles eran sus actividades, pero me pagaba muy bien a condición de no hacer preguntas —y tras una pausa, entró en la parte más importante—: Un día me encargó un trabajo especial. Al principio no me gustó, pero supo convencerme... Se trataba de ir a casa del abogado John Hammers con el pretexto de hacerle una consulta, pero en realidad, lo que tenía que hacer era sustituir dos objetos que él guardaba por otros idénticos que Richard me dio.

Tras una pausa, continuó:

—El señor Hammers me atendió muy bien y me recomendó a una especialista en los asuntos que yo le había consultado. Eran de tipo administrativo. Una excusa, como le he dicho.

—¿Sustituyó esos objetos? —intervino el policía.

—No me fue posible. No me quedé sola ni un momento.

—¿Volvió otro día?

—Sí. Y fue cuando a la salida me encontré a Donald.

—Siga.

—Bueno, la segunda vez que fui, Hammers no estaba, pero Richard ya había sobornado al portero, que me abrió la puerta. Me limité a efectuar el cambio y salí rápidamente.

—¿Qué objetos eran éstos? —quiso saber el teniente.

—Una plegadera y un pisapapeles que representaba la torre de Pisa.

El médico advirtió que ya era suficiente, por otra parte, pon aquellos datos se había dado el primer paso para la resolución del misterio.

Ni la plegadera ni el pisapapeles que Hammers guardaba como posibles pruebas tenían nada de extraordinario, pero cuando examinaron a fondo la otra plegadera, la que habían sustraído del despacho de Jacob Loregarth, surgió el sensacional descubrimiento.

—Tenía sólo un baño de pintura —explicó el abogado a su amigo—. Lo de dentro era oro. ¡Oro puro!

—¡Cielos! ¡Sacaban oro del país! —exclamó Donald.

—Es lo que parece más probable. Toda la policía del país está en el asunto. En Chicago, donde están las fábricas que manufacturaban esos objetos, han comenzado ya las redadas y los interrogatorios. Pronto tendremos noticias. Y en principio gracias a ti.

Tras una pausa añadió:

—Ahora comprendo por qué ocultaron a esa muchacha e hicieron desaparecer sus fotografías.

—¡Vaya, al fin me crees! —sonrió Donald.

—Bueno. Es lógico. Yo había visto una vez a esa chica..., aunque no era rubia, como tú la describiste.

—Llevaba una peluca. La primera vez. En la segunda no era necesario porque sabía que tú no estabas y el portero era cómplice.

—Pero aún con peluca, si yo hubiese visto una fotografía suya, hubiera podido reconocerla. Así, al saber que éramos amigos, gracias a ese detective privado que la seguía a ella por cuenta de Loregarth, decidieron hacerla desaparecer temporalmente —luego añadió—: Por cierto, lo del asesinato de ese detective ya está solucionado. El teniente me ha dicho que encontraron algunos papeles en la oficina que Loregarth tenía en Oakland. Desde luego, tendrás que declarar cuando se vea el juicio. Emma Johnes también ha hablado de ese Elroy. Así que estás libre de sospechas. Esa muchacha parece que te aprecia, a pesar de todo.

—Eso me recuerda que tengo que hacerle una visita. Ya está mucho mejor y tengo permiso para verla.

Más tarde, junto al lecho de la herida, se enteraba de otros pormenores que ya había adivinado por sí mismo.

—Elroy me vigilaba, pero al principio, yo no sabía nada. Richard le contrató por si algo me salía mal a mí. Así fue como nos vio

juntos y te siguió.

—Pero cometió un error al advertirme que me olvidara de ti. Un error que pagó con la vida. Richard no se lo perdonó.

—Lo siento, Donald —terció ella—. Yo no quería portarme así contigo. Me encontraba a gusto, pero me obligaron...

—Olvida eso ahora.

—¡Dios mío! Si no llega a ser por ti, creo que me habrían matado a mí también. Pero..., ¿qué van a hacerme ahora? —estaba asustada.

—No te preocupes ahora por esto. Cuando salgas de aquí, mi amigo Hammers te ayudará. Después de todo, tú ignorabas las actividades de Richard y su gente y eso podrá demostrarse.

Acercó sus labios a los de la joven y la besó. Aquello pareció reanimarla.

—¿Te irás? —inquirió, después del beso.

—Bueno. Tengo que volver a mi trabajo, pero regresaré. ¡Ah! Y si quieres cambiar de aires, puedo localizarte un empleo en mi oficina... Trabajo limpio, de verdad.

—Arizona... Ojalá pudiera ir ahora mismo y olvidarme de esto. Esos días encerrada allí...

—Tocio saldrá bien y olvidarás —volvió a besarla. Seguía gustándole aquella muchacha y ahora quizá Un poquito más... o mucho más.

EPÍLOGO

La noticia saltó en la primera página de todos los periódicos de América y en las crónicas de sucesos importantes de todo el mundo.

Una banda bien organizada, uno de cuyos jefes principales era Richard Loregarth, sacaba oro del país disimulado en plegaderas y pisapapeles, con la complicidad de las fábricas productoras del material.

De todo ello se llegó a establecer que Jacob Loregarth era totalmente ajeno, aunque quizá pudiera sospechar algo.

Su hijo había logrado importantes créditos utilizando el nombre de su padre.

La procedencia del oro era diversa, pero la principal fuente provenía de un antiguo robo de lingotes. Posteriormente, peristas o compradores de joyas robadas formaban banda aparte en la organización, a la que revendían el producto de lo robado, que después de fundido, era enviado fuera del país por el procedimiento sabido.

Todos los cómplices, incluido el portero de la casa de Hammers, habían sido detenidos. Así terminaba un brillante servicio policial, gracias a la curiosidad tenaz de un arquitecto de Arizona.

Dos meses más tarde, Donald regresó a San Francisco. Emma había salido dos días antes del hospital. Ahora estaban ambos en el parque. Era domingo.

—¡Quieta! No te muevas. Así —la máquina fotográfica produjo un chasquido y el retrato quedó hecho.

Donald repitió la operación hasta terminar el carrete.

—Este carrete voy a mandarlo a revelar a Arizona. No me fío —y le guiñó el ojo.

—¿Es verdad que puedo acompañarte?

—Completamente. Quedas en libertad hasta el momento del

juicio, pero faltan días... ¡Ah! Estarás bajo mi custodia. ¿Estás de acuerdo?

—Seguro que sí —sonrió ella.

Regresaron al taxi que les esperaba. Al volante había un chófer sonriente. Steve, sí. El coche era flamante.

—Y muy rápido —dijo Steve—. A veces, se necesita correr y éste no va a quedarse atrás.

Fueron a despedirse de John Hammers, a quien la muchacha pidió disculpas.

—Bueno, bueno, al fin y al cabo, me has proporcionado mi primer éxito importante —repuso el abogado, y luego, como envidiando el optimismo de su amigo, volvió los ojos hacia su secretaria, como si por primera vez descubriese su hermosura.

—Stella... ¿Por qué no deja el trabajo y me acompaña? Me apetece tomar una copa y... Bueno, no me gusta beber solo.

Ella aceptó, naturalmente. Aceptó como si hubiese esperado aquella proposición desde el primer día que había entrado a trabajar para Hammers.

Más tarde, un avión partía rumbo a Arizona. Donald y Emma viajaban en él. En el aeropuerto, Steve agitaba la mano. Despedía a un amigo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

